

Las Misiones católicas

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA DE LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE.

Año I.

Barcelona 29 de Febrero de 1880.

N.º 4.

LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE.

II.

Para comprender debidamente los servicios prestados á la Iglesia por esta admirable institucion es preciso recordar cuál era la situacion de las Misiones católicas en 1822.

El mundo salia de una tempestad; durante veinticinco años la guerra general habia turbado la cristiandad y cruzado los mares. Las comunicaciones regulares de ambos continentes habian sido rotas; ningun pabellon protegía la nave que llevaba al sacerdote y con él la civilizacion. Por otra parte, los últimos acontecimientos del siglo XVIII habian destruido la antigua y bienhechora opulencia de la Iglesia. Las numerosas fundaciones, los colegios, las rentas dadas por la munificencia de los principes para el sosten de las Misiones, habian desaparecido; faltaba el dinero para el pasaje de los misioneros y su subsistencia hasta el lugar de su destino. Pero nada habia sufrido tanto como el mismo clero diezmo por la persecucion. Las nuevas generaciones reparaban con suma lentitud los claros que las revoluciones habian dejado en sus filas, y el celo, aunque multiplicándose á sí mismo, distaba todavía mucho de poder satisfacer las exigencias del ministerio y las necesidades de los pueblos. La supresion de las Órdenes religiosas en varias naciones católicas habia cerrado sus claustros y sus escuelas, donde se habian formado las

más fuertes milicias del apostolado, y el Cristianismo parecia tener bastante que hacer en levantar las ruinas de la fe, para poder pensar en fundaciones remotas. Los antiguos misioneros que habian sobrevivido, postrados por los trabajos, sentian acercarse su fin sin poder vislumbrar quiénes recogerian el fruto de sus fatigas; y á medida que uno de ellos moria, los neófitos, despues de haber enterrado á su padre espiritual, aguardaban en vano que acudiese otro para ocupar su lugar al pié del altar abandonado. El desamparo de aquellas pobres iglesias habia llegado á un extremo tal, que permanecian ignoradas hasta por los mismos cuya religiosidad hubiera deseado socorrerlas.

Con la Compañía de Jesús habia terminado la publicacion de las *Cartas edificantes*, que excitó por tanto tiempo la religiosidad de Europa con el espectáculo de los sufrimientos, por ejemplo en la conversion de la China, ó con la pintura de las fiestas celebradas en medio de los salvajes del Canadá.

Las Misiones de Levante habian decaido notablemente de su antigua prosperidad. El obispado de Babilonia habia estado vacante por espacio de veinte años; ningun misionero visitaba las cristiandades de Persia; la Congregacion de San Lázaro no contaba más que con un sacerdote en el Archipiélago, otro en Siria, dos en Esmirna y tres en Constantinopla, reducidos á un ministerio temido entre los católicos armenios, á quienes los firmanes de la Puerta otomana dejaban bajo la dependencia del patriarca cismático, y por consiguiente á discrecion de sus vejaciones. Al propio tiempo la insurrec-



+ Raphael N. Popoff
Ev. adm. des Bulgares-unis

ILMO. RAFAEL POPOFF, obispo-administrador de los búlgaros-unidos.

(Pág. 96).

cion griega sublevaba los ánimos en todo el Oriente, y la venganza de los infieles perseguía el nombre cristiano en todos los países sometidos á su imperio.

En el centro del Asia los asuntos religiosos parecían sostenerse merced al celo de los Carmelitas del Malabar, de los Capuchinos del Tibet, y de los sacerdotes del Oratorio de Ceylan; pero las hermosas cristiandades del Maduré iban arruinándose, y la serie de los sucesos permitía ya prever la defección parcial del clero indo-portugués. La Misión de Pondichery no contaba sino con un obispo y seis sacerdotes; la fe católica no tenía ninguna cátedra en Bengala; aquellas vastas comarcas parecían estar abiertas por todas partes á los emisarios del protestantismo, que se dejaban ver con las manos llenas de oro en los almacenes de la Compañía de las Indias y detrás de sus bayonetas. En la península indo-china un obispo y dos misioneros gobernaban el corto número de los cristianos de Siam. El imperio anamita ofrecía un aspecto más consolador, pues veíanse en él cuatrocientos mil católicos, un numeroso clero indígena, capillas en todos los puntos más importantes del territorio, y cerca de ellas los conventos y escuelas concurridas por una religiosa juventud, en donde crecía y se educaba en las prácticas de la fe. Comenzaba el reinado de Minh-Mang: un sordo rumor, nuncio funesto de grandes males, anunciaba ya las persecuciones que debían ensangrentarlo. Tres vicarios apostólicos con sus coadjutores y algunos sacerdotes europeos, diseminados entre aquella multitud creyente, pero amedrentada y temerosa, debían sostener todo el esfuerzo del combate. Muchos estaban ya encorvados bajo el peso de la edad y de las enfermedades, y era vivísima la inquietud de los que se interesaban por el sosten y progreso de aquella cristiandad, al considerar quién guardaría el redil y qué sería del rebaño cuando muriesen aquellos ancianos pastores.

La China, después de haber admitido por espacio de doscientos años en sus cátedras de matemáticas y en la Corte de sus emperadores á los sacerdotes de Jesucristo, acababa de manifestar su ingratitud renovando desapiadadamente sus edictos de proscripción. En 1811 fueron destruidas tres iglesias en Pekin, quedando únicamente el anciano obispo portugués en aquella capital donde en otro tiempo los altares del Salvador se habían visto rodeados de mandarines convertidos y de príncipes catecúmenos. Pero el furor de los idólatras, reprimido por algún tiempo, estalló, sobre todo en 1814, no cesando sus funestos efectos hasta principios de 1821, en cuya época murieron por la fe el obispo de Tabraca y el celoso misionero Clet con gran número de cristianos; pero aquella sangre debía más tarde fecundizar la tierra en donde había sido derramada. Sin embargo, cuando cesó la tempestad, el clero se halló disminuido en dos terceras partes, y las escuelas destinadas para renovarlas habían desaparecido casi todas. El vicariato apostólico del Su-tchuen no contaba entonces más que con un obispo, un coadjutor, un sacerdote europeo y quince indígenas: los otros dos vicariatos del Chan-si y del Fo-kien eran quizás los que menos habían sufrido; pero aquellas vastas jurisdicciones abrazaban un territorio harto extenso para alcanzar todos sus puntos, y varias cristiandades habían permanecido por espacio de diez años privadas de la palabra y del sacrificio. ¿Qué podían

hacer un corto número de misioneros en medio de trescientos mil neófitos amedrentados y de un pueblo pagano de doscientos millones de hombres?

Si se apartaba la vista de este cuadro aflictivo y se fijaba en América, ¿qué se veía en ella? Las colonias de las Floridas y la Luisiana, en donde se había extendido la Religión por los esfuerzos de España y Francia, estaban sometidas al influjo de otras leyes; ya no había allí aquellos osados misioneros cuya predicación reunía á los pueblos errantes, abría sus ojos á la luz de la fe, fijaba sus hábitos y sus moradas, fundando de aquel modo nuevas sociedades; ya no se oían en las floridas márgenes del Mississipi los cánticos de los bondadosos salvajes, acompañando en su piragua al amigo misionero que había ido á visitar su tribu, dando consuelo al necesitado, enseñanza al ignorante, socorriendo al menesteroso y ofreciendo á todos en nombre de Dios la recompensa al justo y al virtuoso. El pueblo anglo-americano había tomado posesión de aquel inmenso territorio; todas las sectas de la Reforma habían entrado al par, y en apariencia no tardaron en quedar dueñas de los veinte y cuatro Estados de la Union. Si de una parte la emigración irlandesa y alemana llevaba cada año á aquel país un gran número de católicos, de otra el error propagado por los sectarios les aguardaba en el puerto, y abría sus templos para ellos y sus asilos para sus hijos; al paso que el Catolicismo estaba falto de sacerdotes, de iglesias, de escuelas, de instituciones sólidas y bienhechoras que acogieran, por decirlo así, á aquella población móvil y no la dejaran correr ciegamente al abismo del error. Dispersos, á distancias inmensas del corto número de ciudades donde había un altar, la mayoría vivía sin culto y moría sin clase alguna de consuelo. La segunda generación cedía al impulso general, y seguía á la multitud agrupada en torno de los púlpitos protestantes. Con todo, la Santa Sede, que no podía ver comenzar una gran nación sin ocuparse de su porvenir religioso, hacía mucho tiempo que le había dado un episcopado, por manera que ya en 1822 el arzobispo de Baltimore y sus ocho obispos sufragáneos figuraban como las primeras columnas que debían sostener la Iglesia de los Estados-Unidos. Pero aquellos títulos augustos no ocultaban la indigencia de los prelados, ni la insuficiencia del corto número de individuos con que contaba el clero. Boston no tenía más que ocho sacerdotes, Cincinnati contaba siete, y únicamente dos Charleston. El obispo de Nueva-Orleans, al ir á tomar posesión de su Sede en la ciudad de San Luis, en vez de un palacio episcopal halló únicamente una miserable casucha; por catedral una cabaña formada por cuatro tablas, y por todo homenaje algunas tribus de indios que le pedían predicadores, sin que le fuese posible acceder á su demanda. Parecía, pues, que las esperanzas concebidas iban á desvanecerse y que sería preciso renunciar á la América septentrional en el momento en que empezaba á tratar de igual á igual con las antiguas potencias de la tierra.

Ni siquiera aquella esperanza se ofrecía, nada revelaba que pudieran haber mejores días para el Cristianismo en las costas del África. Las regencias berberiscas que ocupaban el Norte de aquella región continuaban dificultando la navegación del Mediterráneo. Los antiguos establecimientos portugueses del Congo y Mo-

zambique iban cada dia á menos; ninguna asistencia regular se daba á los colonos católicos del Cabo de Buena-Esperanza. Aquel vasto continente cerrado por sus escarpadas costas y sus inmensos arenales parecia condenado á no ver pisar sus playas por los apóstoles del verdadero Dios.

Al propio tiempo las islas de la Oceania se poblaban con los deportados de Inglaterra, con los marineros desertores y los aventureros de todas las naciones. Los pretendidos misioneros del metodismo tenian en ellas escuelas y almacenes, y sabido es como bajo su tiránica presion perecieron en un corto número de años los pueblos hijos de Sandwich y de Tahiti. Un solo sacerdote habia visitado en 1818 á los colonos irlandeses de Nueva-Holanda, y desde entonces ningun otro habia puesto el pié en aquella cadena de archipiélagos que se extendia á inmensas distancias como para unir el mundo antiguo con el nuevo, destinada á ser quizás un dia el lazo que debia unir á dos civilizaciones hermanas.

Tal era el estado precario de las Misiones católicas en 1822, casi limitadas á conservar los asientos del antiguo apostolado, é insuficientes para emprender de nuevo la conquista. No obstante, el Seminario de las Misiones extranjeras, en medio de todas las pruebas del destierro y de la pobreza, no abandonaba á las cinco provincias confiadas á su guarda y fundaba al propio tiempo el colegio de Pulo-Pinang para el reclutamiento del clero oriental. Los sacerdotes Lazaristas, á pesar del corto número á que habian quedado reducidos por las tristes vicisitudes de los tiempos, no cesaban de proseguir la santa tarea emprendida por los sucesores de san Vicente de Paul, procurando la salvacion de los infieles. Los religiosos Franciscanos de Tierra Santa permanecian reunidos en torno del santo Sepulcro, de donde ningun poder humano, por espacio de seiscientos años, ha podido separarles aún. Por otra parte los religiosos de san Francisco y de santo Domingo continuaban en sus principales casas, aguardando á que les fuese permitido volver á entrar en combate.

Durante treinta años las Misiones se habian sostenido casi sin auxilio humano; pero al volver á entrar las cosas en su curso regular, convenia que la limosna asegurase al sacerdote el pasaje del buque que debia conducirle y el pan de cada dia; convenia poner en sus manos los fondos reservados para construir la iglesia, y despues de ella la escuela y el hospital. Fundóse, pues, la *Obra de la propagacion de la fe*, destinada, no á ejercer una influencia irregular en la administracion de las cristiandades, sino únicamente para poner al servicio del apostolado los recursos terrestres de la caridad. Y publicando en sus *Anales* las necesidades y trabajos de las Misiones, debia tambien restablecer esa correspondencia de todo el Catolicismo, que interesa hasta el último de los fieles, haciéndoles concurrir al cumplimiento del plan divino.

La vocacion apostólica, conservada en la Iglesia y en el seno de las corporaciones religiosas y del clero secular, halló las condiciones de desarrollo que aguardaba, y tomó desde entonces un vuelo que nada puede ya contener. La casa de las Misiones extranjeras, que en 1822 sólo contaba veinte y ocho miembros, tenia noventa y ocho en 1844, más de ciento cuarenta en 1847, y en fin su número ha ido aumentando sucesivamente. Lo pro-

pio podemos decir de la Congregacion de San Lázaro. La Compañía de Jesús volvió tambien á colocarse en el lugar acostumbrado, y cuenta con innumerables sacerdotes consagrados á la conversion de los infieles en las diversas partes del mundo. Otros Institutos formados posteriormente llenan el mismo fin con un celo que promete igualar la gloria que alcanzaron las antiguas Congregaciones: tales son, entre otros, los de los Redentoristas, Pasionistas, Oblatos de María Inmaculada, los del Espiritu Santo y Sagrado Corazon de María, los de los Maristas y de Picpus. Y puesto que enumeramos las instituciones que tanto han mirado por los intereses de la fe, no podemos pasar en silencio ese ilustre colegio de *Propaganda Fide* en Roma, monumento ya antiguo de la solicitud de los Soberanos Pontífices, en cuyo recinto, cuando las públicas solemnidades, se oyen las alabanzas de Dios proferidas en cuarenta y cuatro idiomas diferentes: como si Dios, que separó las lenguas para confundir el orgullo de Babel, quisiera reunir las ahora para levantar un edificio mejor y congregar bajo la ley de gracia á la gran familia humana, dispersa por todo el ámbito de la tierra.

Con tan felices auspicios y el acrecentamiento cada vez mayor del clero, ha sido dado adelantar los límites de las jurisdicciones episcopales y crear otras nuevas. En el período de medio siglo han sido muy numerosos los obispados y vicariatos fundados con la debida autorizacion de la Santa Sede; y si consideramos las Misiones católicas al comienzo de este período de acrecentamiento, las vemos en notable y consolador progreso en las cinco partes del mundo.

PRINCIPADOS DANUBIANOS.

(Conclusion).

RUMANIA.

La Rumania actual la constituyen los dos principados danubianos de Moldavia y Valaquia, á los cuales se ha agregado la Dobrutscha en virtud del Tratado de Berlin. El nombre de Rumania trae su origen de que, habiendo el emperador Trajano sometido los pueblos que habitaban esta comarca, distribuyó las tierras entre sus soldados, fundando en ella una colonia romana: de aquí que el dialecto rumano no sea sino el latin corrompido y mezclado con el eslavo.

En Moldavia la predicacion del Cristianismo data de los primeros siglos de la Iglesia. Hácia el año 396 vemos ya al mártir san Niceto ocupando la Sede episcopal de Moldavia, y que ya habia en esta comarca muchos monasterios. El concilio Calcedonense de 451 sometió la Moldavia al patriarcado de Constantinopla; por lo cual, habiéndose rebelado éste contra la Santa Sede, arrastró á la Moldavia en tan funesto cisma. A pesar de esto, en 1234 lograron penetrar en ella los misioneros Menores Conventuales, bajo cuya direccion están todavía los católicos de Moldavia. En 1370 consiguió el Papa Urbano VIII, por medio de algunos Franciscanos, que adju-rasen el cisma los moldavos con su duque Latzko, volviendo al seno de la Iglesia romana; y habiendo pedido el duque un obispo para su país, el Papa designó para este cargo á Fr. Andrés de Cracovia, varon insigne y

adornado de singulares virtudes. Pero esta conversion duró muy breve tiempo, pues los moldavos volvieron á caer en el cisma. En 1435 hizo el arzobispo griego Gregorio grandes esfuerzos para que la Moldavia se sometiese de nuevo á la Santa Sede: el Papa Eugenio IV les escribió desde Florencia con este objeto, y el obispo moldavo Damiano asistió al Concilio celebrado en esta ciudad. Pero el buen Gregorio, por haber tomado sobre sí tan santa empresa, se atrajo el odio de todos los fanáticos sectarios del cisma griego; y una revolucion religiosa, por efecto de la cual se quemaron multitud de manuscritos, actas y documentos, puso en conmocion á toda Moldavia. A tal punto llegó el fanatismo de los cismáticos, que demolian los altares donde habia celebrado un sacerdote católico, y reiteraban el bautismo á los católicos que querian sepultura eclesiástica.

En el siglo XVI la princesa Elena, mujer de Estéban *el Grande*, hizo edificar en Moldavia doce iglesias católicas, de las que, sin embargo, no queda vestigio alguno en la actualidad. A los Menores Conventuales que en el siglo XIII se consagraron á difundir en este país la verdad católica se agregaron luego como colaboradores los Jesuitas de la vecina Polonia. No obstante la grande oposicion que la Iglesia católica encontró siempre en Moldavia, la Santa Sede nunca abandonó esta comarca. Clemente VIII erigió la sede episcopal de Barcow, ocupada casi exclusivamente durante dos siglos por Dominicos polacos. Actualmente está confiada esta Mision á los Menores Conventuales, los primeros que, segun dejamos dicho, penetraron en Moldavia con este objeto, y su colegio de San Antonio de Padua ó Santa María de la Salud, establecido en Roma, es el que provee de misioneros á este vicariato apostólico, fundado por Gregorio XVI, y á las Misiones de Constantinopla. El Vicario apostólico reside en Jassi, capital de la Moldavia, y la parroquia de esta ciudad es regida por el Prior de los Conventuales. Tambien se halla establecida en Jassi la casa de estos religiosos Franciscanos. Hace algunos años habia en el Principado catorce parroquias católicas. Clemente XI, á fin de promover el catolicismo en este país, concedió el título de maestro á los misioneros que hubiesen servido nueve años en esta Mision. Los católicos son cerca de 60,000, y las iglesias pasan de 74. La Iglesia cismática de este Principado es extraordinariamente rica. Su metropolitano tiene 60,000 zequines de renta, y proporcionadas á esta son las asignaciones de los otros tres obispos, del clero y de los monjes; de donde se sigue que el clero cismático ejerce, por su riqueza, gran influencia en la nobleza y el pueblo.

La Valaquia fué tambien iluminada por el Cristianismo en los primeros siglos, y la conversion de la Bulgaria contribuyó grandemente á los progresos del Cristianismo en esta provincia, su confinante. Habiendo sometido el concilio de Calcedonia de 451 la provincia eclesiástica de Valaquia, juntamente con la Moldavia, al Patriarca de Constantinopla, la Valaquia, como tantas otras provincias orientales, fué arrastrada por Focio al cisma que aún la señorea. A ejemplo de Bosnia, Sérvia y Chipre, en el largo período del cisma, la Valaquia se ha acercado algunas veces á la Iglesia de Roma. En los últimos años del pontificado de Celestino III, Joannicio, rey de Bulgaria y Valaquia, envió embajadores á Roma á

impetrar del Papa la corona y un Patriarca para su reino. Tan sólo uno de ellos logró llegar á la ciudad eterna, pues todos los demás cayeron en poder del emperador griego. En este intervalo murió Celestino III y le sucedió el gran Inocencio III. Este Pontífice, que tanto trabajó por la reunion de todas las iglesias orientales con la Sede romana, queriendo cerciorarse, ante todo, de la sinceridad de intenciones de Joannicio, se limitó en un principio á enviarle, con cartas suyas, á Domingo, arcepreste de Brindis, eclesiástico versadísimo en las lenguas griega y latina.

Cómo fuera recibido Domingo por el rey de Bulgaria y Valaquia, lo dice éste mismo en la siguiente carta que escribió al Pontífice en 1202: «Los mensajeros y las cartas del Pontífice romano tienen para mí más valor que el oro y las piedras preciosas. Mis hermanos deseaban hace mucho tiempo enviar embajadores á Roma, y yo mismo he intentado hacerlo dos veces; pero mis enviados no pudieron llegar al punto de su destino. Ahora que Su Santidad ha enviado á mis Estados, como padre á sus hijos, uno de sus legados, al volver éste á Roma envío con él al arzobispo de Branizzowa para atestiguar á Vuestra Santidad mi gratitud, mi amistad y mi devocion.» El rey rogó á Inocencio que le otorgase la corona y los honores de que habian gozado sus predecesores, y que consagrarse un patriarca para sus Estados y le enviase un Cardenal que lo coronase emperador. El Papa, para hacer estable esta union, advirtió al rey que «formando la Iglesia un solo cuerpo, no podia tener muchas cabezas,» principio que, bien comprendido, aniquila de un golpe á todo el cisma oriental. Despues de mil oposiciones por parte de los griegos, llevóse á cabo felizmente la union. El rey fué coronado, la jerarquía eclesiástica se constituyó y todo el reino se sometió á la obediencia de la Santa Sede. El soberano, en virtud de acta autorizada con su sello de oro, declaró que, siguiendo las huellas de sus antepasados, ponía su reino en comunion con la Iglesia romana, prometiendo en su nombre y en el de sus sucesores eterna adhesion á la Santa Sede; y mandó al primado, á los arzobispos, obispos y sacerdotes que se conformaran á los Cánones de la misma Sede romana, á la cual prometió además someter todos los países cristianos que conquistase.

Por desgracia la union con la Iglesia romana duró poco tiempo, pues si bien el Primado de Tarnovia, Basilio, instituido por Inocencio III, se mantuvo fiel al juramento prestado, no hizo lo mismo su sucesor German, quien se separó de la Iglesia romana, sometiéndose al Patriarca de Constantinopla é implorando de él la confirmacion de sus privilegios. El Primado arrastró en el cisma al clero y al pueblo, y de esta suerte búlgaros y válacos se encontraron nuevamente, y casi sin saberlo, fuera del gremio de la Iglesia.

La ínclita Orden de Predicadores tiene tambien derecho á la gratitud de los católicos de estas comarcas orientales, pues por este tiempo envió su glorioso fundador santo Domingo á Fr. Pablo, uno de sus religiosos, para convertir á los idólatras de la Valaquia, Moldavia, Transilvania, Sérvia y países inmediatos, donde fué martirizado juntamente con otros noventa religiosos del mismo Instituto.

La Santa Sede no perdió, sin embargo, la esperanza

de ver volver este reino al rebaño de Jesucristo. Nicolás IV exhortó en 1288 á su rey para que volviese al seno de la Iglesia católica; pero sus esfuerzos fueron de todo punto ineficaces. Tres años despues, en 1291, renovó sus instancias el Pontífice y excitó á Jorge, que así se llamaba entonces el rey de Bulgaria, á abjurar el cisma. El Papa Urbano V intentó en 1370 sustraer del cisma á la Valaquia, y consiguió que Clara, viuda del príncipe Alejandro, volviese al gremio de la Iglesia. Por este tiempo los religiosos Menores de san Francisco difundian por estas comarcas la luz de la verdad católica. En los pontificados de Eugenio IV y Nicolás V debieron reanudarse las relaciones entre la Santa Sede y los moldo-válacos; pues habiendo invitado Eugenio IV á toda la Iglesia griega con sus príncipes á unirse con la Iglesia

ana, y alcanzada felizmente esta unión, parece prole que los válacos debieron volver tambien entonces á la unidad. Y habiendo enviado despues Nicolás V nuncios y misioneros suyos á estas comarcas para consolidar dicha unión, es natural que algunos de ellos vinieran asimismo á la Valaquia. No fué menos solícito del bien espiritual de estos pueblos el Pontífice Gregorio XIII, quien instó al rey de Francia para que ayudase á recuperar este reino á Pedro, fervorosísimo príncipe católico. Muerto aquel Pontífice, su sucesor Sixto V. mostró igual solicitud por estos países de la Europa oriental, pues al auxilio eficazísimo de este gran Pontífice debió Pedro el dominio de la Valaquia, donde comenzó á florecer nuevamente la Religion durante el reinado de este virtuosísimo príncipe. Su ejemplo y el amor con que gobernaba



VALAQUIA.—Alumnos del Seminario indígena de Bucharest. (Pág. 78).

á sus súbditos, para quienes fué el mejor de los padres, movian á todos á seguir su ejemplo. Hizo venir á Valaquia religiosos y sacerdotes doctos y ejemplares, para que confirmasen á los que ya eran católicos, y convirtiesen á los cismáticos. Pero tanto amor á la Religion no podia menos de suscitarle cruda guerra de parte de los enemigos del nombre cristiano; y tanto intrigaron contra él los déspotas musulmanes que gobernaban las ciudades vecinas, que el sultan Amurat III le condenó á prision, de la cual se libró el príncipe Pedro, avisado oportunamente, huyendo á Transilvania, donde vivió tranquilamente hasta la muerte del vaivoda Cristóforo Batori.

Pero, muerto éste, los ministros sepultaron á Pedro en un horrendo calabozo, donde se proponian hacerle morir de hambre y de sed. Desde aquella terrible prision

escribió Pedro dos cartas. En una de ellas, dirigida al Pontífice Sixto V, despues de exponerle todo lo sucedido y de disculpar cristianamente á sus perseguidores, pedia al Papa que trabajase, no ya para restablecerle en el trono, sino solamente para que se le devolviera la libertad. En la otra carta, dirigida á un señor válaco, rogaba á éste que hiciese llegar la primera á manos del Papa. Noticiosos los válacos del deseo de su príncipe, de que llegaran al Papa sus clamores, creyeron oportuno enviar una embajada al Pontífice, encargada de presentarle la carta de Pedro, y de suplicarle al mismo tiempo que se interesase por la restauracion de aquel excelente príncipe, tan solícito de los intereses religiosos y civiles de su pueblo. Conmovido el Pontífice al saber el triste estado de Pedro y el grave daño que sufría la religion católica en Valaquia, exhortó al rey de Polonia á que llevase á

cabo la liberacion de Pedro ; y en efecto, este rey, movido por las enérgicas exhortaciones del Papa, hizo que se restituyese la libertad al príncipe válaco, el cual, una vez libre, fué recibido con grandes muestras de regocijo por los nobles válacos, recobró su trono y continuó edificando iglesias, llamando religiosos al Principado y promoviendo, en una palabra, de todas suertes la gloria de Dios y la felicidad del pueblo válaco.

Los sucesores de Sixto V hicieron siempre cuanto les fué posible, según los tiempos, en favor de Valaquia, principalmente por medio de la Congregacion de *Propaganda Fide*, que siempre á tenido entre sus alumnos algunos moldo-válacos. El cardenal-arzobispo de Strigonia, Leopoldo de Kollonik, logró con su ardiente celo por la gloria de Dios y la salvacion de las almas reunir á la Iglesia católica 200,000 válacos de Transilvania que profesaban el cisma griego. Los emperadores de Austria han trabajado tambien por el bien religioso de los válacos; así, por ejemplo, el emperador Carlos VI, dió los recursos necesarios para que se educasen tres jóvenes válacos de Transilvania en el Colegio de la Propaganda. Y no es menor la solicitud que ha mostrado por el bien religioso de sus súbditos válacos el actual emperador Francisco José, asociándose en 1853 al cardenal Scitowski, arzobispo de Strigonia, para suplicar con instancia á Pio IX que erigiese en Transilvania una provincia eclesiástica del rito greco-rumano; proyecto concebido por Gregorio XVI y que las circunstancias de los tiempos no le habian consentido llevar á feliz término. El Pontífice de la Inmaculada tuvo el consuelo de realizarlo, con regocijo de todos los buenos católicos, y en particular de los del imperio austríaco. Fundó, pues, dos nuevas sedes del rito griego: Lugos en el banato de Temesch, y Harmenópolis en el principado de Transilvania; y separando del arzobispado de Strigonia la iglesia de Gran-Varadino, la sometió, así como las precedentes, á la sede de Fogaras, honrando á esta con el título de Alba Julia, y elevándola á la dignidad de metropolitana. El Nuncio apostólico de Viena, encargado de instalar á los nuevos Prelados, hizo un viaje triunfal por Transilvania para adornar con este nuevo esplendor á la Iglesia greco-católica.

El vicariato apostólico de Valaquia está actualmente á cargo del Obispo *pro tempore* de Nicópolis, en la vecina Bulgaria, de que es titular el pasionista Ilmo. Sr. Paoli (1). La residencia del Vicario apostólico es Bucharest,

(1) La Congregacion de la Santísima Cruz y Pasion de Nuestro Señor Jesucristo está hace años encargada de esta Mision, que comprende la diócesis de Nicópolis y el vicariato de Valaquia. Tan benemérita Congregacion ha dado ya á esta Mision seis obispos. El primero, Ilmo. Sr. Ferrieri, mártir de su celo apostólico, murió de la peste, de que se contagié al administrar á los atacados de ella los últimos Sacramentos. El segundo, Ilmo. Sr. Erolani, alcanzó despues de grandísimos esfuerzos licencia del Gobierno otomano para construir en Bulgaria una casita para un misionero. En ella hizo cavar secretamente una gruta, que, para mayor seguridad, se hizo muy semejante á las cuerdas búlgaras, donde se reunian los católicos para asistir al santo Sacrificio. Sucedióle el Ilmo. Sr. D. José María Molaioni, que consumió su vida en fatigas y empresas que recuerdan los primeros tiempos del Cristianismo. Vestido de viajero turco, visitaba á pié los puntos sometidos á su jurisdiccion, llevaba los consuelos religiosos á las ovejas dispersas de su grey, y con su ejemplo y consejo las alentaba para perseverar en la fe, á pesar de la pobreza y de las persecuciones. Logró, no sin inmensos sacrificios personales, reunir en algunas aldeas á todos los búlgaros del rito latino, diseminados entre los

capital de Rumania, en cuya ciudad existe aún una iglesia y convento de Menores Observantes de San Francisco. Además, los Menores reformados del vicariato, incluso los de Transilvania y los del banato de Temesch, forman una provincia monástica con ocho conventos. Hay tambien un Instituto de religiosas venidas de Austria, que educan á seiscientas niñas, siendo una verdadera bendiccion para nacionales y extranjeros: las escuelas de niños establecidas en la casa del Vicario apostólico cuentan ordinariamente más de quinientos alumnos. Las Hermanas Pasionistas venidas recientemente de Inglaterra tienen ya algunas novicias. El número de católicos existente en el principado moldo-válaco, hoy Rumania, es cerca de 80,000, de los cuales 25,000 por lo menos habitan en la capital. Los misioneros no tienen motivos de queja del gobierno rumano, que les concede la libertad más amplia; y aún el mismo clero cismático no es muy hostil á los católicos. El Ilmo. Sr. Paoli aseguraba en su visita á Leon XIII que el Gobierno rumano no sólo deja entera libertad á los católicos, sino que hace todavía más, pues favorece al Obispo en sus empresas. ¡Ojalá que este centinela avanzado de la civilizacion europea continúe, al mejorar de condicion, protegiendo cada vez más la religion católica en aquellas comarcas, y logre difundir de este modo su esplendorosa luz en el continente ruso, tan apartado de ella en la actualidad!

COSTA DE LOS ESCLAVOS.

I.

SACRIFICIOS HUMANOS.

(Conclusion).

IV.—*Sacrificios á los manes de los reyes del Dahomey.*—Dirémos breves palabras sobre los sacrificios ofrecidos por los soberanos del Dahomey sobre la tumba de sus antepasados.

Las víctimas son escogidas entre los jefes y los prínci-

musulmanes y cismáticos, y obtuvo del Gobierno turco una porcion de terreno, donde fundó una aldea para 400 católicos emigrados de la Alsacia. Pagó las deudas por ellos contraidas, y compró con su propio dinero los granos para la primera siembra. Esta aldea, llamada Malcotch, estaba muy floreciente antes de la última guerra, y gracias al Ilmo. Sr. Malaioni los católicos que la habitan han perseverado en la fe de sus padres. El Ilmo. Parsi, que vino despues, inauguró una nueva era. A las humildes cabañas y pobres grutas en que antes se celebraba el santo Sacrificio, sustituyó, con el consentimiento de las autoridades otomanas, iglesias espaciosas, donde los búlgaros podian asistir, sin temor á las persecuciones, á todas las solemnidades de su culto; dió el primer impulso á la instruccion católica estableciendo una escuela en Bucharest, é introduciendo en su diócesis á los Hermanos del instituto de Santa María. Todas estas obras fueron continuadas y fomentadas bajo la administracion de su sucesor Ilmo. señor Pluym. Pero estaba reservado al Ilmo. Sr. Paoli coronar la obra de sus predecesores. Al llegar á su diócesis, en el año 1870, no habia en ella más que 19 parroquias; ahora son 26, y las escuelas, de 7 que eran, han subido á 22. Además, ha edificado dos hermosas iglesias, una en Tultcia y otra en Trangiwitz, y ahora espera la erccion de una catedral en Bucharest. El mismo Prelado logró tambien, gracias á su celo, establecer en Bucharest un Seminario, cuyos preciosos frutos está ya recogiendo la Mision. Inaugurólo con tres alumnos, cuyo número llegó en pocos meses á veintitres, diez y ocho de los cuales están representados en el grupo de la pág. 77. Los cinco restantes, habiendo manifestado deseos de ingresar en el instituto de los Pasionistas, fueron trasladados á otra casa no léjos de Bucharest. El grupo de la pág. 80 representa tres alumnos del Seminario en traje nacional.

pes de los países devastados por las hordas dahomeyanas en la primavera precedente.

En 1863, despues de la guerra de Ishagga, los misioneros fueron testigos en Whydah de la barbarie de los vencedores con los prisioneros de distincion. Siete de los principales jefes de la infortunada ciudad de Yoruba contábanse entre los que habian caido en manos de los soldados del Dahomey. Nada dirémos de los tratamientos á que fueron sometidos durante la travesía de Ishagga á Abomé, llegando al extremo de apalearlos dia y noche sin cesar.

El sacrificio fué ejecutado junto á los sepulcros reales de Abomé. Recogióse la sangre de las víctimas en un gran barreño de cobre, colgaron sus cráneos al cuello de sus caballos, y pasearon tan horribles trofeos por todas las ciudades del reino. El Jevogan ó virey de Whydah invitó á los europeos á presentarse en la plaza del mercado para que se lavasen las manos en la sangre de los enemigos del país.

Un testigo ocular que visitó la ciudad de Abomé en 1850 describe así el lugar de tales sacrificios:

«Introdujéronme en un gran patio cuadrado, en donde vi muchos sepulcros en forma de chozas circulares cuyas paredes son de una argamasa de barro y paja, y el techo de rastrojo. Allí son sepultados los soberanos del Dahomey. Cada tumba está construida sobre una pequeña plataforma de 30 centímetros de elevacion sobre el nivel del suelo, y son muy limpias interior y exteriormente. Montones de cráneos y de osamentas humanas están esparcidos en confusion al rededor, y son los restos de los enemigos muertos por el rey difunto durante su reinado.

«El primer sepulcro es el de Dako (1625-1650). Además de los restos humanos que allí se ven todavía, hállanse junto al sepulcro residuos de cordaje y aparejos que supuse serian de embarcaciones españolas caidas en poder de aquel rey. Percíbense tambien fetiches y *gongons* ó campanillas sagradas. El sepulcro de Dako tiene en su parte superior un pequeño sombrero chino de plata sosteniendo como emblema una gallina. En la parte delantera hay una pieza de seda adamascada y dos soberbios parasoles.

«La segunda sepultura es la del rey Kaka (1650-1680).

«La tercera es la del rey Akaba (1680-1708).

«Estas tres sepulturas están en el palacio de Dahomé. Hay otros en el de Grigomé, en donde se encuentra la de Dado Gongro, padre de Guezo, rey actual (1). Véñse tambien en esos mismos palacios los sepulcros de las madres de los monarcas dahomeyanos desde Adonu Keriké, madre del rey Dako, hasta Agosievo, madre del rey Guezo.

«Hay allí todavía un gran patio y un vasto cobertizo sembrado de cráneos humanos. El rey en sus momentos de ocio, como pasatiempo ó diversion en el interior de su vivienda, va allí á danzar mientras le cantan loas como la siguiente: «Es tan grande, que despues de haber combatido contra sus enemigos los ha muerto y puede danzar libremente sobre sus cabezas.»

El mismo viajero describe del siguiente modo un sacrificio que le obligaron á presenciar:

«El dia 2 de Octubre de 1850 por la mañana vi á Meou, ministro del Interior, quien me prometió ocupar-

se en mi negocio y permitirme la salida de la capital aquel mismo dia. A las ocho Meou me mandó decir que á causa de una ceremonia que luego debia verificarse no habia podido despachar mi asunto; que tuviese paciencia y que no me moviese. A invitacion suya fuí al medio dia á la plaza principal del palacio del rey, en donde ví formadas las tropas y los cabeceras en traje de gala.

«Pronto supe que debia ejecutarse un sacrificio. Meou y el Jevogan se empeñaron vivamente en que yo lo presenciase. A las tres nos dirigimos á las afueras de la ciudad por el camino de Cana, deteniéndonos un poco más allá de las casas de fetiches. Poco despues vimos llegar las tropas seguidas de los cabeceras que precedian á la víctima llevada en triunfo, agarrotada y con una mordaza.

«Llegados al lugar del sacrificio ataron á la víctima (un negro de sesenta años) entre dos estacas sólidamente clavadas en tierra, y luego acercáronle á una distancia de dos metros un cañon cargado con metralla. Disparáronlo, y el *mingam* ó ministro de Justicia, viendo que la víctima todavía se meneaba, hizo aproximar otra pieza y descargarla. Separaron la cabeza del tronco, y lleváronla al *mingam*, que la mostró á los demás jefes, presentándola despues al rey. El cuerpo lo abandonaron á la rapacidad de los buitres.

«A pesar mio no pude excusarme de asistir á este suplicio. Quise rescatar la víctima con dinero, pero el rey y sus ministros no aceptaron mi proposicion, diciéndome que hacia mucho tiempo la tenian reservada para el sacrificio; que era un jefe llamado Capou-pouso, hecho prisionero durante la última guerra en la toma de Attacpama, y que habiendo muerto á un considerable número de súbditos suyos era justo que se le condenase á muerte.

«Despues del sacrificio estalló una fuerte tronada, seguida al punto de una lluvia torrencial. Los soldados volvieron á la plaza del palacio, y no fué poca mi sorpresa al verles luego danzar en medio de aquel diluvio. Pregunté la causa á un negro, y me respondió:

«—Siempre que el rey hace una obra buena Dios la aprueba por medio de alguna señal. El hombre que acaba de ser sacrificado era un criminal, y por esto llueve en tanta abundancia. ¿Oiste ayer las loas que al rey le cantaban al son de los *gongons*? Decíanle: «Tú eres el rey de reyes y conquistador de muchas tierras, que vendes los negros y das mercancías, aguardiente y cañones á tu pueblo; tú nos sustentas á todos.» Y el rey respondia: «Si es verdad lo que decís, sábelo *Maou*, el rey de los cielos.» Y al ver el pueblo que poco despues llöviznaba, comenzó á gritar: «¡Mira cómo te contesta el cielo!»

LA PAMPA.

Carta segunda del P. Costamagna al Superior general de la Congregacion de san Francisco de Sales.

Patagones, 23 de Junio de 1879.

Salimos del Carhué á fines de Abril, y seguimos animosos nuestro viaje, caminando ya en la vanguardia, ya en la retaguardia de un pequeño ejército que se iba formando y aumentando al paso que avanzábamos hácia la frontera.

Persuadidos de que la oracion es la llave de oro que

(1) El rey Guezo reinó de 1818 á 1859.

abre el Divino Corazon, rezábamos cada dia el *Itinerarium clericorum*, y Dios no sólo nos regalaba un tiempo tranquilo y sereno en todo nuestro larguísimo viaje, cosa admirable dada la estacion que atravesábamos, sino que tambien nos defendia de los tigres y leones, á quienes varias veces ahuyentó á nuestra vista; impedia que cayésemos en manos de indios armados, y nos socorria para que no cayésemos del caballo ó rodásemos con el carruaje por algun precipicio.

Pasámos por los fuertes de Puan y Argentino, y en ambos bautizámos unos ochenta párvulos, tomando en seguida el camino del desierto, no sólo en compañía del ejército, sino tambien de algunas tribus de indios que por orden del ministro de la Guerra debian transportar á Choelechoel sus toldos para formar otro pueblo en aquellos nuevos límites.

Acabó por fin la llanura, que hasta entonces me parecia interminable, y aparecieron las sierras y las colinas de Pigüey y de Churrumalan; mas en vano busqué con mirada anhelosa una cabaña ó ranchería... Desierto y siempre desierto, hé aquí lo que debíamos encontrar durante un mes consecutivo y en un trayecto de mil millas.

Seguímos la marcha con gran lentitud por lo corto de los dias y á causa de los cerros de arena llamados *médanos* que teníamos que subir. Así es que nos aprovechábamos de las varias paradas para estudiar, orar, cantar, y tambien para entretenernos un poco con los soldados, de los que algunos nos prometian cumplir con la Iglesia cuando llegásemos al Rio Negro, y entre tanto querian una medalla, ó unos rosarios, ó un escapulario, para tener una defensa, como ellos decian, que los librase de las lanzadas y de las balas de los indios. Estos últimos, aunque todavía combaten con flechas y lanza, saben sin embargo manejar los *Remingtons* que han podido arrebatarse á los soldados argentinos, ó procurarse de otro modo en los pueblos limítrofes. Los soldados de que hablo son buenos provincianos que todavía saben pasar las cuentas del Rosario con la misma mano con que manejan la espada, y que por no saber leer no han tenido aún la

desgracia de beber en la fuente de ciertos diarios impíos y de alimentarse del pan que se distribuye en ciertas cátedras de pestilencia.

El 11 de Mayo, despues de haber cruzado valles y sierras, lagunas y torrentes, llegámos por fin al rio Colorado, y en sus playas celebrámos al aire libre el santo Sacrificio con asistencia de las tropas.

En seguida bautizámos unos cuarenta chiquillos llegados con otras tropas y nos preparámos á pasar el rio, lo cual hicieron en dos horas, con la bendicion de Dios, más de dos mil hombres y cerca de cinco mil caballos, sin que sucediese la menor desgracia.

Parece increíble, y sin embargo es cierto: la tierra que íbamos descubriendo, por decirlo así, no presentaba á nuestra mirada sino horribles abrojos y espinas, tanto que en aquel desierto inmenso nos parecia oír todavía las palabras de maldicion que se leen en el Génesis: *Maledicta erit terra... spinas et tribulos germinabit tibi*. Esto hacia que cuando veíamos algun árbol un poco alto en la ladera del rio, al punto lo queríamos devorar con los ojos y examinarlo. Inútilmente buscámos algun fruto, pues la estacion era impropia. Sólo encontramos un árbol lleno de trapos que los indios habian colgado en él como otras tantas promesas. Y esto no lo hacian porque creyesen que este árbol era una divinidad, sino porque lo creian habitacion de los dioses ó espíritus buenos, á quienes querian aplacar ó volver propicios con sus ofrendas. Esto no quiere decir que los indios no crean en un Dios supremo: llámanlo *Günechen*,

y no saben acercar sus labios á bebida alguna sin derramar antes algunas gotas en obsequio de El.

Finalmente, á fuerza de andar hemos llegado á un punto en que el camino está peor que nunca por causa de los bosques y de los cerros llenos de espinos, que cubren estos montes. Entonces yo, que de paciencia sólo conocia el nombre y que por otra parte estaba acostumbrado á dormir al raso, pedí y obtuve avanzar con la vanguardia, que dejando el convoy de los carros debia adelantarse y anticipar la llegada al rio Negro. Anduve



VALAQUIA.—Alumnos del Seminario de Bucharest en traje nacional.

(Pág. 78).

tres dias á caballo entre aquellos bosques , poniendo el mayor cuidado en que la sotana no se me hiciera pedazos. Por último llegó el dia 24 de Mayo. Levantéme al amanecer, y sacudiendo la helada que habia caido sobre lo que yo tenia que llamar mi cama, calentándome junto á un buen fuego, monté á caballo al salir el sol, y ya trotando, ya galopando por un espacio de cuarenta millas, llegámos á Cholechoel; y á las cuatro y tres cuartos de la tarde, precisamente á la hora en que el sol se escondia detrás la cordillera de los lejanos Andes, echaba pié á tierra y daba descanso á mis fatigados miembros en la orilla del rio Negro, es decir en las puertas de la Patagonia que dicho rio divide de la Pampa.

Al dia siguiente dejé que todos los demás celebrasen la fiesta patriótica del 25 de Mayo, y me puse á buscar á mis indios, prisioneros de guerra, para catequizarlos. La miseria en que los encontré tenia algo de extraordinario; algunos estaban desnudos, otros no tenian sino un cuero de carnero para cubrirse; no tenian toldos y dormian al sereno sin ningun abrigo; una vejiga súcia que llenaban de agua les servia á un tiempo de botella y de vaso. ¡Pobrecitos! al verme llegar, todos me rodeaban, hombres, mujeres y niños, y juntos formaban un grupo tan original que un dia el mismo ministro quiso verlo, y mandó que se sacase una fotografia de él.

Despues de algunos dias llegaron los carros, y con ellos el señor Provisor y el catequista Luis Botta. Nos unimos entonces para poner manos á la obra sin desperdiciar un momento. Escuela á los muchachos adultos, á las mujeres indias, á los soldados indios, y todo esto muchas veces al dia, pues el tiempo de la partida del convoy para Patagones urgia, y por otra parte la cabeza de los pobres indios parecia muy dura. Este juicio se forma cualquiera al observar su frente estrechísima, y en muchos de ellos cubierta de cabellos como un lobo, y sobre todo su extremada dificultad en aprender. Pudimos, no obstante, bautizar primeramente á 60 adultos, despues á otros 40, y luego á otro número regular de ellos.

Pronto se levantaron muchos obstáculos á impedir nuestras empresas. El frio siempre creciente, el deterioro que sufría tanto mi salud como la del Vicario general, la oposicion indicada, la inminente partida del convoy á Patagones y á Bahía-Blanca para la Mision y visita canónica que el Dr. Espinosa debia hacer en ambas parroquias en nombre del señor Arzobispo, todos estos motivos contribuyeron á que dejásemos la Mision de Cholechoel más pronto de lo que hubiéramos deseado; pero volverémos á este campo, y no se dejará perder la semilla recogida.

Antes de partir, el señor Vicario celebró en medio del campo una Misa solemne de accion de gracias. Asistió á ella todo el ejército con el señor Ministro á la cabeza. La funcion terminó con un solemne *Te Deum*, que cantámos con acompañamiento de armonium.

En seguida montámos á caballo y nos encaminámos á Patagones costeano siempre el tortuoso rio Negro, llamado así por el color de sus aguas, como el Colorado recibe el nombre de las suyas. A los seis dias de viaje llegámos á una colonia de indios llamada *Conesa*, gobernada por D. Antonio Recalde, mayor del ejército ar-

gentino. Este señor nos recibió con toda atencion, y nos suplicó que dejásemos el convoy y nos parásemos á bautizar y decir la Misa en su recientísima colonia, que apenas cuenta dos meses de existencia. Accedimos á sus deseos, deteniéndonos allí dos dias, uno de los cuales fué la fiesta solemnisima del *Corpus*, en el que tuvimos la dicha de celebrar la santa Misa, la primera que se dijo en esta colonia, con asistencia de todos sus moradores; bautizámos más de cincuenta chiquitos, y prometimos volver lo más pronto posible para ocuparnos de los mil indios que componen la colonia. El Sr. Recalde, por su parte, nos trató muy bien y quiso acompañarnos poniendo á nuestra disposicion sus catorce caballos; así es que siete horas y media despues de nuestra salida de Conesa ya habíamos andado diez y ocho leguas y llegábamos á la *Guardia Mitre*, donde encontramos el convoy. Allí se nos hicieron nuevas instancias para que nos detuviésemos algun tiempo; pero ya se habia acordado con los de Patagones el dia de la apertura de la Mision, así es que, celebrada la santa Misa y bautizados algunos chiquillos, prometimos volver, y sin más continuámos nuestro camino hasta llegar, despues de siete horas, al tan suspirado término del viaje. De nuevo empezámos á ver casas, y dimos luego principio á la santa Mision, la primera que se da aquí desde que existe Patagones, que tiene poco más de cien años de vida, con una poblacion de cerca cuatro mil almas.

En la orilla izquierda del rio toma el nombre de *Cármen de Patagones*, de la Virgen del Cármen, cuya imagen los naturales conquistaron á los brasileños, en 1827, en una batalla naval; así es que por broma la llaman su *cautiva*. En la orilla derecha toma el nombre de *Mercedes de la Patagonia*, porque ya se encuentra dentro los límites de la Patagonia. Sólo hay un sacerdote para todas estas almas, y lo que es peor, el maestro de *Mercedes* es protestante, y aquí mismo ha principiado á establecerse desgraciadamente una iglesia de la Reforma. Ahora estamos alojados en casa del buen P. Sabino, Lazarista, que fué nuestro compañero en el naufragio del año pasado.

¡No se ve aquí demostracion alguna de piedad, sino la más horrorosa indiferencia! ¡No hay fe en este pueblo, ó si la hay está muy adormecida! ¡Que Dios le mire pronto con ojos de misericordia y corone nuestros débiles esfuerzos con alguna conversion!

Cada dia, terminada la plática ó el catecismo en el Cármen, subiendo en un botecito atravesamos el rio Negro, que es mucho más ancho que el Colorado, y vamos á *Mercedes* á distribuir el pan de la palabra de Dios. Los que nos dan un poco más de trabajo y tambien un poco más de esperanza son los jóvenes indios, á quienes confio podrémos bautizar antes que termine la Mision.

De lo que dejo dicho ya colegirá V. la gran miés que se está preparando en las orillas del rio Negro, tanto en la Pampa como en la Patagonia, en un espacio de miles de millas. ¡Oh! ¡cuán providencial seria para todos estos pobrecitos si nosotros los Salesianos tuviésemos una casa-matriz de las Misiones aquí en Patagones, y mientras nuestros estudiantes se encargasen de las escuelas del pueblo, los sacerdotes recorriesen las varias colonias y tribus del desierto!

CARTAS SOBRE EL JAPON.

II.

A su advenimiento al poder el Gobierno del mikado tropezó con grandes dificultades. Los príncipes del Sud se habian coligado so pretexto de salvar el país invadido por el extranjero. Probablemente los hombres de Estado que dirigian el movimiento nunca habian tomado en serio este pretexto. Demasiado sabian que Europa y América estaban del todo dispuestas á hacer respetar los tratados y á reivindicar sus derechos. Las escuadras de Francia, Inglaterra y Estados- Unidos estaban ancladas en la bahía de Osaka, á pocas leguas de Kioto. La ruptura de hostilidades contra los europeos no hubiera dado otro resultado que hacer más difícil la situación del mikado y suscitarle adversarios muy temibles esta vez. Por otra parte la coalición del Sud tenia partidarios en el Cuerpo diplomático: uno de los plenipotenciarios no ocultaba desde antiguo sus simpatías por ella y aplaudia sus triunfos despues de favorecerlos. Pero la soldadesca, cuyo valor se habia excitado despertando en ella el odio contra el extranjero, sólo deseaba ocasion de traducir en hechos los sentimientos de que se la habia animado.

Los alevosos asesinatos de que fueron víctimas en Saicai muchos marinos franceses infundieron la alarma en la colonia europea. La venganza hubiera sido terrible y completa si el nuevo Gobierno no se hubiese apresurado á conjurarla y á ejecutar todas las reparaciones exigidas, comprendiendo que no era ya tiempo de que el Japon pudiese sustraerse á las relaciones internacionales y continuar en el aislamiento en que habia vivido durante muchos siglos. Mantuviéronse, pues, los tratados, y el comercio europeo continuó tranquilamente sus operaciones en los diversos puertos que se les abrieron al tráfico.

Los hombres de Estado japoneses hubieran podido mostrarse más perspicaces todavía y comprender que la presencia de los extranjeros, además de no constituir un peligro social para su país, es su sola salvaguardia contra las invasiones de su poderoso vecino del Norte. Hubieran podido y debido interesar á todas las potencias en la integridad de su territorio, abriéndolo liberalmente al comercio y á la industria europea. No lo han hecho; no han comprendido la utilidad de esta medida, ni siquiera han preparado su ejecución, y hoy nada ó casi nada se ha cambiado del estado de cosas establecido por los tratados.

Obligado á aceptar y ejecutar los pactos internacionales que garantizan á los extranjeros la entrada en el Japon, el Gobierno del mikado quiso con todo dar alguna satisfaccion á las antiguas preocupaciones. En las cercanías de Nagasaki habia algunos miles de campesinos y pescadores que, si bien japoneses por nacimiento y por patriotismo, adoraban al mismo Dios, cumplian con sus preceptos, guardaban la misma moral que el extranjero. Eran débiles, y sin duda se habian captado las simpatías de la mayor parte de sus correligionarios europeos; pero esas simpatías no podian proteger eficazmente su debilidad. Fueron, pues, destinados para servir de pasto á las pasiones anti-europeas y anti-cristianas. En consecuencia encendiósese la persecucion religiosa, pudiendo creerse que los descendientes de Yeyas continuaban gobernando

el país: tanto empeño puso el Gobierno del mikado en seguir las sanguinarias tradiciones de los taicounes. Con todo, en el Consejo del *Hijo del Cielo* clamó una voz en favor de la inocencia, pero á la noche siguiente fué ahogada en sangre, y ninguno de los hombres inteligentes que componian el Consejo soberano se atrevió á defender á los oprimidos.

Comenzóse en Ourakami, cerca de Nagasaki, á arrestar á los principales cristianos. Esos infortunados, culpables de fidelidad á la fe de sus padres, fueron desterrados léjos de su país natal, encerrados en infectos calabozos y sujetos á tormentos cuyos horrores seria prolijo describir. En las islas de Goto y en otras partes los cristianos fueron tambien presos, maltratados y obligados á ocultarse y huir. En todas partes, en los pueblos como en las ciudades como en los más humildes villorrios y en los caminos públicos fijáronse edictos de proscripción en nombre del nuevo poder. Junto á la inscripcion el delator hallaba una caja en la que se le invitaba depusiese su billete de acusacion. Los bonzos atizaron el fuego de la persecucion: en sus predicaciones tronaban contra la religion cristiana y la denunciaban al odio de los pueblos como si debiese atraer sobre ellos espantosas calamidades: el sol debia oscurecerse, las nubes negarian á los campos el agua fecundante, etc. Sin embargo, la constancia de los cristianos igualó á sus desgracias, y para concluir el Gobierno resolvió dar el golpe de gracia. A principios de 1870 todos los habitantes cristianos de Ourakami, en número de 4,000, fueron deportados y encarcelados en muchas provincias del Imperio, en donde, en menos de dos años, 800 de ellos sucumbieron á las privaciones y fatigas.

Esta persecucion fué moralmente un crimen, y políticamente una falta. No debe olvidarse que fué apoyándose en el budhismo como el poder taicounal habia crecido y mantenido siglos enteros su autoridad usurpada. En las actuales circunstancias únicamente la libertad del Cristianismo, respondiendo á las aspiraciones de un pueblo maravillosamente inducido á adoptar nuestra civilizacion, podia contrabalancear la influencia política del budhismo. Combatir el budhismo político de los taicounes, destruir su influencia oponiéndole el Cristianismo, hubiera sido una medida de alta sabiduría. Los hombres de Estado japoneses no lo comprendieron así. Aceptaban con gusto las ideas europeas y nada omitian para hacerlas triunfar. La civilizacion europea les complacia, y adoptaron todo su exterior, y aún en especial sus peligros, como si esas ideas y esa civilizacion pudiesen sin el Cristianismo ofrecer nada serio, y como si un edificio pudiese existir sin la base en que descansa.

A falta del Cristianismo, proscrito como nunca, opúsose al budhismo la antigua religion del país, es decir un culto puramente exterior, bufonadas sin nombre, representaciones á veces inmorales; nada de lo que puede satisfacer el espíritu y elevar los sentimientos. Más extraño aún es que mientras en las *miyas* y pagodas los ministros del culto oficial trataban de probar la divinidad del mikado, éste dejaba los misterios de su antiguo palacio de Kioto é iba á ostentar en Yeddo y hasta en las provincias, á los ojos de las poblaciones admiradas, las pruebas de su humanidad. Y aquel á quien poco antes no podian mirar sus súbditos bajo pena de muer-

te, hoy en los campos, en las calles y plazas, y en el interior de su palacio, se da en espectáculo como un simple mortal. Su retrato adorna los pretorios de sus prefectos, y se vende á bajo precio en todos los pueblos de su imperio. Verdad es que el budhismo pierde su influencia y sus riquezas, y los pueblos olvidan el camino de las pagodas, pero no son más frecuentados los templos de los Kamis.

Véncese un mal con otro mal, ahuyéntase un peligro con otro peligro; trabájase en sustituir el budhismo y el sentimiento de religiosidad que mantenía entre el pueblo por el ateísmo y la indiferencia religiosa. Día vendrá en que este pueblo, saturado de ideas no comprendidas de libertad y de igualdad, sin guardar á la autoridad otro respeto que el que la fuerza inspira, consumará con sus incesantes revueltas la ruina de su país. Quiera Dios preservar al Japon de esta desgracia, ó mejor hagamos votos para que comprenda que su salvación estriba sólo en el Cristianismo, en esta religion que no autoriza otra libertad que la del bien, y que prescribe á los súbditos el respeto á la autoridad, y á los que ha instituido depositarios de ella, sentimientos de justicia y de misericordia.

Si por un apego mal entendido á viejas tradiciones el Gobierno japonés no supo dar á las cuestiones internacionales la solución que le dictaban á la vez la equidad y el interés personal, fué más feliz en los asuntos interiores, debiendo el buen logro de ellos á su buen tacto y á su perseverancia.

Ante el ejército victorioso del *Hijo del Cielo*, Keiki, el postrer taicoun, habia depuesto las armas, por cobardía ó impotencia segun unos, por abnegación y patriotismo segun otros. Sus partidarios no aceptaron tan fácilmente su caída, y los príncipes del Norte continuaron la lucha. Aidzu sobre todo prolongó la resistencia; pero abandonado de sus aliados sucumbió luego, no sin gloria. Al Sud de la isla de Yeso, donde se habian refugiado los últimos partidarios del poder caído, las hostilidades duraron hasta la mitad del año 1869; pero su bravura fué infructuosa y quedaron aplastados por el número. Digamos en alabanza de los vencedores que su generosidad estuvo de ordinario á la altura de su valor; y, acaso por vez primera en el Japon, no terminó la guerra con el exterminio del vencido. Aún hoy muchos jefes que combatieron bajo el estandarte del taicoun ocupan lugares distinguidos en el Gobierno del mikado y no son por cierto sus servidores menos fieles.

Habia llegado el término del régimen taicounal. Vencedor siempre y en todas partes, el mikado podia gozar de los frutos de su victoria. Habíase cumplido una primera revolución á cuyo empuje fué derribado un poder usurpado hacia siglos; pero esta revolución abrió la puerta á otra puramente moral que sustituía las antiguas tradiciones con ideas nuevas y la civilización japonesa con la europea. Pronto serémos testigos de otra revolución todavía más pasmosa. Al cambiar de nombre el Gobierno japonés no habia empero cambiado de situación. Continuaba siendo una monarquía dueña de dominios muy limitados, rodeada y amenazada por un feudalismo turbulento y ambicioso. Abolirlo, arrebatár á esos príncipes numerosos y potentes sus privilegios y posesiones seculares, reunir todo el país bajo un solo cetro, era empresa difícil y peligrosa.

En Setiembre de 1871 el mikado convocó en su palacio á todos los *daimios* entonces presentes en Yeddo, y cuando los tuvo reunidos al pié de su trono presentóseles el *Hijo del Cielo* y leyóles un decreto por el cual sus Estados quedaban unidos á la Corona, ordenando á todos que entregasen á los oficiales del Gobierno sus palacios y sus bienes, y que residiesen en la capital bajo la vigilancia de las autoridades; reduciendo al mismo tiempo su fortuna á la décima parte de sus rentas. Igual decreto recibieron en el mismo día los príncipes que residían en sus Estados.

Para comprender bien el alcance de este acto conviene saber que á la fortuna de los príncipes estaba unida la de sus innumerables servidores, y que al despojar á los *daimios* el Gobierno privaba de sus dignidades y medios de existencia á muchos centenares de miles de familias y las condenaba á buscar en el comercio y en el trabajo manual los recursos necesarios en lo sucesivo para subvenir á sus necesidades.

¿Habría el Gobierno fiado demasiado en sus fuerzas? ¿Dejarán los *daimios* de tomar las armas y agrupar á su alrededor sus legiones de servidores y de guerreros para salvar ó defender hasta la muerte su independencia, sus bienes y sus privilegios? No, nada de eso; no estallará revolución alguna, no se hará la menor oposición, apenas se levantarán algunos murmullos (1). Y hoy, en las calles de Yeddo, cualquier transeunte se codea con el gran príncipe sin reconocerle bajo el traje plebeyo que cubre sus dignidades y la nobleza de su origen. Cualquiera labriego puede por pocas chapecas hacerse llevar por aquellos á quienes hace pocos años no hablaba sino de rodillas y con la frente pegada en el suelo.

Tal es en resúmen la historia de esa pasmosa revolución que ha devuelto al mikado el trono de sus mayores y que ha reunido bajo su inmediata autoridad á todo el Japon. Esta historia se detiene á principios de 1872. No será menos interesante un estudio de las modificaciones políticas que resultan de los acontecimientos referidos, y sobre todo el estudio de esotra revolución moral que á ideas y á una civilización antiguas ha substituído ideas y una revolución nuevas; revolución que ha tenido ya y tendrá para el porvenir del Japon las más graves consecuencias.

COREA.

RELACION DEL CAUTIVERIO DEL ILMO. SR. RIDEL.

IX.

Los presos estaban divididos en tres principales categorías: la de los ladrones, la de los deudores y la de los cristianos. Esta última era la más numerosa, y cada una ocupaba un local separado.

Los ladrones eran los que peor estaban. Eran unos treinta; tenían continuamente los piés en el cepo, y casi todos estaban enfermos. La sarna les hacia padecer horriblemente; sus llagas eran hediondas; el hambre y la miseria les devoraba; algunos no parecían sino esquele-

(1) Desde 1872 el Gobierno japonés ha tenido que reprimir muchas insurrecciones causadas por descontentos que han visto desairada ó poco satisfecha su ambición, ó bien por poblaciones á las que ha irritado el aumento creciente de los impuestos; pero la abolición del feudalismo parece ha sido extraña á dichas revueltas.

tos animados que con mucha dificultad podían dar algunos pasos cuando á medio día se les permitía salir. Se hace todo lo que se puede para embrutecer á los presos; se les prohíbe dormir; durante la noche los carceleros, provistos de gruesos palos, les vigilan, y si sucumbiendo al cansancio alguno llega á dormirse, se le despierta á palos. ¡Cuántas veces hemos oído los golpes que los guardias, con frecuencia ebrios, administran á los infelices, que apenas tienen un soplo de vida y que frecuentemente espiran! Día y noche se hallan á merced de estos seres, que más parecen tigres que hombres. Si uno de los presos muere, atribúyese á enfermedad; se le deposita en la habitación de los cadáveres, y por la noche se le entierra como un perro.

En la prision los ladrones están casi desnudos, y se consideran felices cuando se les permite salir y meter las manos en la balsa de agua corrompida y fétida para lavarse un poco la cara, el pecho y las piernas. Entre ellos hay grandes criminales; pero muchos se hallan presos por haber robado objetos de poco valor. Si se quisiera poner presos á todos los ladrones, habria que hacerlo con la mayor parte de los carceleros y aún con algunos satélites.

La comida consiste sólo en una pequeña taza de arroz sin condimento, por mañana y tarde; de modo que á los veinte días de estar en la cárcel parecen esqueletos.

Los presos por deudas reciben mejor trato. Llámaseles *tcha-kal*, y pueden comunicar con sus parientes y amigos, recibir de fuera la comida, pues sus guardianes no se la dan, y pasar una vida alegre, formando vergonzoso contraste con los hambrientos ladrones. Los que he visto eran en su mayor parte empleados del Gobierno que debían permanecer en la cárcel hasta haber terminado el juicio de residencia.

A los cristianos se les alimenta como á los ladrones: no pueden comunicar con nadie; ordinariamente no se les mete en el cepo, y por desprecio se les da el epíteto injurioso de *Kouang-pang-i*.

El régimen de la prision es como sigue. Por la mañana, al nacer el día, viene un carcelero y grita: «Quedan abiertas las puertas.» Exceptuados los ladrones, los que quieren salir al patio pueden hacerlo. Por la tarde, poco despues de ponerse el sol, se pasa lista, se relevan los guardias, entra un vigilante en cada calabozo, y el jefe cierra por fuera las puertas de los calabozos y de la cárcel con gruesos barrotes sujetos con cadenas y se va á dormir á la ciudad. Es imposible salir, y en caso de incendio todos los presos perecerían achicharrados. Durante la noche, para impedir que duerman, los guardias obligan á los ladrones á que canten, alborotando así la cárcel toda.

Nos daban, como á los ladrones, dos comidas cada día, una por la mañana y otra por la noche. Además á Juan y á mí nos daban al medio día un plato de papilla.

Nuestro calabozo se parecía á los demás; no tenía más abertura que la puerta, y encima unas barras de madera en forma de claraboya, que dejaban pasar un poco de aire y de luz. Las paredes estaban cubiertas de tablas de tilo algo separadas. En el suelo había un lecho de paja, y cuando yo entré echaron un poco de nueva, pero

sin quitar la de debajo, que despedía un olor fétido. Juan, que el mismo día que yo fué trasladado de la prision de la derecha á la de la izquierda, se encontraba menos mal en esta. Me contó que en la otra cárcel los presos cristianos estaban mezclados con los ladrones, y eran tratados como tales. Había sufrido dos ó tres veces tormento: aquí se le trataba bastante bien, y se le daba el mismo alimento que á mí. A pesar de todo, sufría mucho, y con frecuencia enfermaba.

En el fondo del calabozo estaba un viejo noble pagano, preso hacia diez meses por supuesto delito de rebelion. Al fin se le declaró inocente, y fué puesto en libertad el 18 de Abril. Tenía mal carácter, y hacia sufrir mucho á los pobres cristianos, injuriándoles é insultando á la religion católica. Se nos dijo que nuestra llegada le había hecho cambiar en algo, pero varias veces tuvimos ocasion de observar su perversidad. Su hijo venía de cuando en cuando á verle á la puerta de la cárcel, y por él sabíamos algunas noticias. Teníamos en el mismo calabozo tres cristianos de la provincia de Tchyongtchyang, labradores fuertes y robustos. A los quince días estaban desconocidos por falta de alimentacion, por más que algunas veces le cedíamos parte de nuestro arroz. Tres veces se les sujetó á tormento: al volver á entrar temblaban y apenas podían respirar; y más tarde se les trasladó á la cárcel de los ladrones. El 12 de Mayo dos de ellos murieron de hambre y malos tratamientos.

Tres mujeres cristianas de la capital, arrestadas casi al mismo tiempo que nosotros, habitaban el mismo calabozo. Una de ellas estaba atacada de la fiebre tifoidea, endémica en esta prision. Tenía veinte y seis años y era madre de dos hermosos niños, el último de los cuales sólo tenía seis meses. Casada con un pagano durante la persecucion, había instruido y convertido á su esposo, que estaba dispuesto á recibir el bautismo, lo mismo que su padre y su madre. Desgraciadamente esta mujer había tenido la debilidad de apostatar. Aprovechando el momento en que nadie la veía, persignábase muchas veces mirándome, y por la noche dijo á la mujer cristiana que la asistía: «Mi grande enfermedad consiste en haber tenido la desgracia de apostatar. ¡Ah! ¡qué criminal soy!» Y derramaba abundantes lágrimas. Como era imposible oirla en confesion, la previne que á la mañana siguiente le daría la absolucion. Se preparó, y á una señal convenida pronuncié la fórmula de la absolucion. ¡Qué dicha para ella! Fué el mejor remedio á su enfermedad, porque desde entonces el peligro desapareció, y pronto la enferma entró en convalecencia. No pude hablarla, pero muchas veces tuve ocasion de admirar su buen carácter, su piedad y su confianza en Dios. Su esposo, que pasaba por pagano, obtuvo del carcelero el favor de hablar con ella por la abertura destinada á echar la inmundicia. Las otras dos presas eran unas pobres ancianas. A todas tres se les había aplicado la tortura; pero lo que más les hacía sufrir era la obscenidad de los verdugos unida á la indecencia con que se les trataba.

Otra mujer presa murió de la peste dos días antes de entrar yo en el calabozo. Se llamaba Catalina y estaba casada con Marcos, catequista condenado á muerte en 1866. Denunciada por el traidor Pablo Hpi, sobrino suyo, á quien había educado, fué presa al mismo tiempo

que nosotros. A los cinco ó seis dias de hallarme en el calabozo vinieron á sacar su cadáver. Uno de los guardias dijo riendo: «De este cuerpo sólo quedan los huesos; las ratas se han comido lo demás.» Y otro contestó: «Justo es que los ratones se coman á los cristianos.» Estos rezaban por la pobre difunta, creyendo que tambien á ellos les aguardaba el mismo fin.

El alcaide era amigo nuestro, y frecuentemente iba á pasar las tardes con nosotros antes de que cerrasen las puertas. Poco instruido y hasta ignorante, tenia bajo un exterior rudo nobles cualidades. Hacia veinte años que desempeñaba su cargo, sabiendo hacerse obedecer, pero siempre sometiéndose ciegamente á las órdenes de sus jefes. Muchas veces, catequizado por Juan, hallaba justa y bella la doctrina cristiana, pero sin que ésta le conmoviese. He dicho que era nuestro amigo, y en efecto nunca nos ha gruñido ni maltratado; antes bien á veces ha mostrado tener sentimientos de compasion para conmigo ó los demás cristianos. No obstante, á una orden del juez no hubiera dudado ponernos la cuerda al cuello y estrangularnos. Preguntándole un dia si habia visto cristianos, respondió:

— He visto centenares de ellos.

— ¿Eran buenos y pacíficos?

— ¡Oh! eran los mejores hombres del mundo, amables, tranquilos, pacíficos, bien hablados, y parecian estar siempre interiormente recogidos.

— ¿Han dado muerte á muchos cristianos aquí?

— Por esta época la prision estaba llena de ellos, y para dejar hueco á otros, todos los dias estrangulábamos algunos.

Los demás carceleros no nos maltrataban, pero ¡qué caracteres tan falaces, irascibles y repugnantes! Les he visto con semblante risueño y aún riendo desempeñar el cargo de verdugos; estrangular á un hombre era para ellos un entretenimiento, una diversion. Sin pretexto alguno se encolerizaban y golpeaban á los ladrones. Cuando el jefe oia el ruido de los golpes, venia á impedirlo, y á fin de vengarse sin llamar la atencion, discurrieron fijar en una vara una punta de hierro en forma de aguijon, y de ella se servian para picar á los pobres pacientes, cuyos ayes y suspiros ahogados oíamos muchas veces. Un cristiano atacado de una fiebre violenta les pidió cierto dia un poco de agua.

— ¡Ah! sí, sí, exclamaron; allá vamos á darte agua, pícaro cristiano.

Y empezaron á magullar su pecho con palos puntiagudos, de manera que á las dos horas espiró. Se declaró que habia sucumbido víctima de una enfermedad, y su cadáver fué arrojado fuera de los muros de la ciudad, sin que nadie procurase averiguar de qué manera habia muerto.

Parece difícil encontrar gente más vil, más abyecta y perversa, y sin embargo la hay. Tales son los empleados inferiores ó verdugos propiamente dichos. Estos hieren, desuellan, queman las piernas y los brazos, riéndose de los sufrimientos de las víctimas, á las que atormentan con ignobles burlas. Su sola presencia en el interior de la cárcel llena de espanto á los presos. Mentira parece que la especie humana llegue hasta tal punto de degradacion, de envilecimiento y de crueldad. Mi viejo cristiano tenia razon cuando decia que las prisiones de Co-

rea son una imágen del infierno. Digo las prisiones, porque todas, al parecer, tienen el mismo aspecto; y por lo que oí decir, las de provincias son aún más horribles.

Aquí es, pues, donde son encerrados nuestros cristianos, aún más despreciados que los ladrones; como si el contraste de su virtud excitase la barbarie de los carceleros y verdugos. Sufren sin exhalar una queja, y soportan gustosos las injurias; nadie de fuera puede acordarse de ellos. Son víctimas destinadas á padecer toda clase de tormentos, hasta la misma muerte. Desde el momento que son cristianos dejan de ser coreanos, dejan de ser hombres.

Tal era la prision donde he tenido la dicha de vivir, creyendo siempre morir para mayor gloria de Dios. Si he sufrido mucho en estos dias de cautiverio, he experimentado tambien un gran consuelo al ver á nuestros cristianos. Nunca les oí una injuria ni una mala palabra. Desde las primeras horas principiaban su oracion, meditaban durante el dia, y por la tarde oraban todavía largo rato. Bien se ora en la prision. Allí parece que se advierte mejor la presencia de Dios y se conoce mejor la propia nada. Yo me habia formado un reglamento. Celebraba la misa en espíritu, ó asistia á ella de la misma manera: no tenia breviario, y lo suplía con el Rosario. Me gustaba mucho trasladarme con el pensamiento á alguna iglesia y hacer allí una visita al Santísimo Sacramento. Otro de los ejercicios que se podia practicar en la prision y que llenaba el alma de consuelo era el *Via-crucis*. ¡Qué abundancia de gracias derramaba sobre mí el Señor en aquellos dias de retiro ó recogimiento! No teniendo inquietud alguna, me entregaba totalmente á Dios para hacer en todo su santa voluntad, bien persuadido de que nada me sucederia sin su permiso.

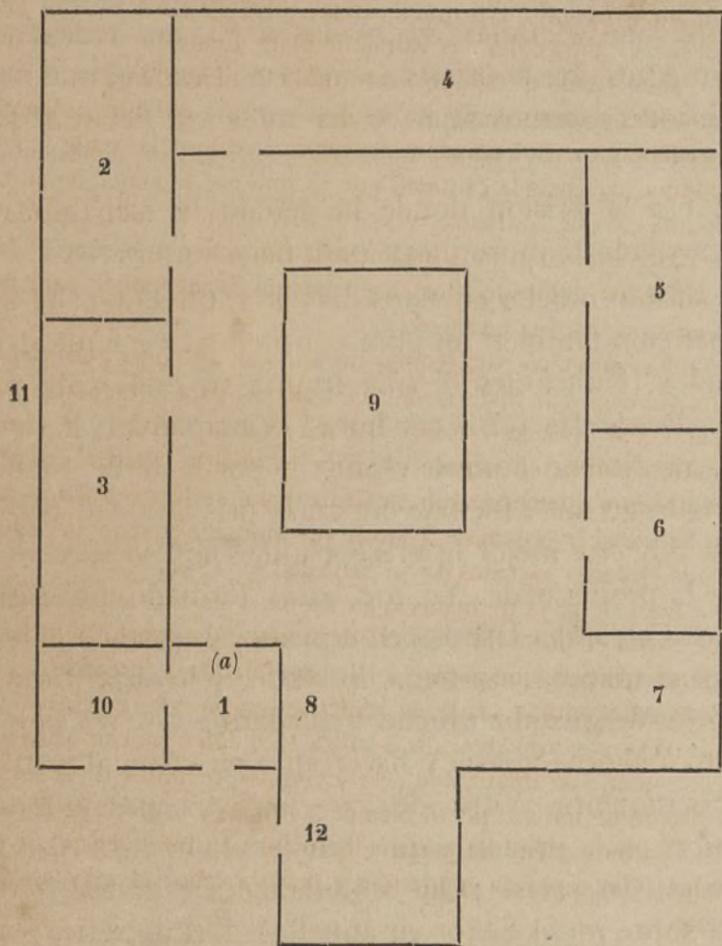
Así transcurrieron los dias de Semana Santa. Felizmente conservaba mi anillo, que tenia escondido, y el dia de Pascua dije á los cristianos que iba á darles una bendicion solemne y especial para ellos y para todos los cristianos de Corea. Pero era preciso escoger un momento favorable, porque entre nosotros se hallaba un bonzo y una vieja pagana. El bonzo nos molestaba poco, y siempre dormia: la vieja pagana tuvo la ocurrencia de salir un momento, y aprovechando esta circunstancia, los cristianos se pusieron de rodillas y recibieron la bendicion. Tal fué nuestra fiesta de Pascua; todos estaban alegres, y el resto del dia se pasó con más fervor. La bendicion de un obispo en una prision de Corea ¿no era una ceremonia que debia dar nuevo valor para soportar con resignacion las privaciones y sufrimientos del cautiverio?

¡Nuestros sufrimientos! los teníamos de muchas clases. Nos era forzoso llevar siempre los mismos trajes, que estaban ya completamente deteriorados, rotos y sucios; la miseria nos devoraba. Hormigueaban los ratones; se les veia por el dia, y se les oia de noche: corrian, saltaban y se paseaban como en su casa, porque se tiene mucho cuidado en conservarlos, y un respeto supersticioso impide que se les destruya. Nuestra paja infecta les proporcionaba seguro asilo. No teníamos ni cuchillo ni corta-plumas. Por mucho tiempo estuvimos tambien sin aguja, hasta que pudimos proporcionarnos una, y

para proveernos de hilo le sacámos de algunos andrajos de seda que quedaban del vestido de la cristiana que murió en la prision.

Temiendo perder la memoria de los dias de la semana, señalé en la pared, con un pedazo de carbon, los domingos á medida que iban transcurriendo.

Antes de pasar adelante echemos una ojeada á la cárcel, descrita en el siguiente plano:



- 1 y 10. Estancias de los satélites. Ventana (a) que mira al patio de la cárcel y sirve de puerta.
 2. Calabozo ocupado por el Ilmo. Ridel y los cristianos.
 3. Calabozo de los presos por deudas.
 4. Encierro de los ladrones.
 5. Calabozo ordinariamente vacío, en donde se depositan los cadáveres y se guarda la máquina de estrangular.
 6. Sala de descargo.
 7. Lugares comunes.
 8. Cocina.
 9. Balsa de agua corrompida.
 11. Estrado del tribunal.
 12. Entrada de la cárcel.

X.

¿Por qué motivo habíamos sido trasladados al tribunal de la izquierda? ¿Por qué se me habia puesto preso? Hasta ahora me habia sido imposible saberlo. El 21 de Marzo por la mañana circuló de repente el rumor de que la Reina acababa de dar á luz un niño. Desde luego la mayor parte de los presos esperaban obtener alguna gracia, ó al menos una disminucion de pena. Segun la ley ó la costumbre, á contar desde este dia, por el espacio de los ciento que siguen, no se permite ninguna ejecucion ni que se exponga á los criminales al interrogatorio, á la tortura ni á otra clase de tormentos.

Durante el dia se confirmó la noticia. Cesaron los procedimientos, y no se hizo ejecucion alguna; pero de vez en cuando se conducian nuevos presos. Vimos llegar un dia á uno que con el rostro pálido, cubierto de polvo y lodo, llevaba una argolla al cuello.

Era nuestro correo de Pyenmoum, á quien fué difícil conocer; tanto habia cambiado. Preso á principios de Enero se le habia hecho pasar por crueles sufrimientos, y habia sido conducido á la capital para ser juzgado.

Metieronle en el calabozo de los criminales, donde falta de cuidados y alimentos se debilitó cada vez más. Volvimos á verle muchas veces cuando salian al patio los ladrones; y hasta pudimos lograr que se le diese un poco de nuestro arroz. Una mañana, á mediados de Mayo, todavía le vimos; pero por la tarde su cuerpo yacía en el depósito de cadáveres: no obstante, el jefe dió orden para que le pusieran en el cepo, sin duda porque era cristiano.

El 20 de Abril trajeron una señora de unos setenta años y tomó sitio en el fondo del calabozo. Al entrar nos dirigió una mirada de desprecio y tomé muy á mal que se la cerrase allí con tal compañía. Rehusó la comida é hizo que la llevasen vino. Mientras tuvo dinero, fué perfectamente. Despues sus asuntos tomaron mal cariz; nada recibia ya de fuera, y por último fué presa del tífus. Las tres cristianas se desvelaban noche y dia por cuidarla, á pesar de su mal carácter y de sus desprecios é injurias. Estuvo cinco dias sin conocimiento, y como nadie de fuera cuidaba de ella, indudablemente hubiera muerto sin el auxilio de aquellas pobres mujeres. Más tarde reconoció su falta, y trató de excusarse. Cuando salí, todavía quedaba en el calabozo.

(Se continuará).

ISLA DE ANAA.

Anaa ó la isla de la Cadena se hallaba sumida todavía en 1849 en las tinieblas de la infidelidad y la herejía, lo propio que todo el archipiélago Pomotú, de que es la capital. Todos sus habitantes eran paganos, á excepcion de algunos que habian recibido biblias de ministros ingleses calvinistas y otros pocos que habian abrazado la moral predicada por marineros americanos pertenecientes á la secta de los mormones, y cuya conducta se diferenciaba muy poco de la de los paganos más relajados. Los mormones predicaban la poligamia, que precisamente nunca habia existido en esas poblaciones salvajes; y este exceso de inmoralidad ha constituido el obstáculo mayor para la conversion y moralizacion de las islas Pomotús. Sin embargo, los misioneros católicos no han retrocedido ante las dificultades que su tarea ofrecia, y hoy Anaa es católica en su gran mayoría.

Esta isla está dividida en seis distritos principales, cada uno de los cuales posee una magnífica iglesia de piedra. Tuuhora, capital de la isla, es también la residencia del regente del archipiélago. Situada á la entrada del lago, en torno del cual se extiende como un cinturón de la isla y dominando el paso de dichos lagos, Tuuhora es la llave de este mar interior, y por lo mismo sirve de desembarcadero y depósito general de las Pomotús.

El superior de la Mision ha escogido para su residencia habitual á Tuuhora, é igualmente para centro de la administracion eclesiástica del archipiélago y como punto de reunion de los misioneros y de los fieles en ciertas solemnidades religiosas. La iglesia representada en la página 89 es la iglesia primitiva, bendecida por el Ilmo. Jaussen en 1851, bautizando en ella el mismo dia á Augusto Teina, á la sazón regente de las islas Pomotús; ejemplo que produjo la conversion de muchos otros dignatarios del país. Está hecha de cal, y ha sido muchas veces revocada y estucada de nuevo. Desde que se

construyó la iglesia de piedra, la primitiva sirve de capilla para el Catecismo.

El primer grabado de la página 92 representa la casa de los misioneros en Tuuhora. La armazón del edificio, la techumbre de follaje, las paredes y cuerdas que las unen entre sí, las ventanas y sus persianas móviles, y hasta el *tamaru* ó galería sobre la cual están de pie el misionero y sentados varios hombres, todo es de cocotero. Allí vivieron sucesivamente el P. Laval, primer superior de la Mision desde 1849 á 1852; el P. Claro Fouqué, el P. Nicolás Blanc, y últimamente el P. German Fierens. Este último es el que está representado de pie delante de la iglesia y de la casa.

La choza formada de ramas de cocotero, representada en el segundo grabado de la página 92, fué la primera morada de los misioneros católicos en Temarié. En ella se inauguró la Mision de Anaa; á la sombra de aquellos cocoteros bañados por las olas del Oceano Pacífico se anunció por vez primera la buena nueva á los habitantes de Anaa; allí se sembró el primer grano, cuyo fruto cubre hoy la isla toda. En pocos meses los PP. Claro Fouqué y Benjamin Pepin reunieron sesenta neófitos. El P. Alberto Montiton, que está representado de pie bajo un cocotero, ejerció tambien su celo en este distrito. La capilla estaba entonces situada á un centenar de metros detrás de la casa de los misioneros, en un bosque de cocoteros. El distrito de Temarié está separado del de Tuuhora únicamente por el paso del lago y una franja de arrecifes de una extension de milla y media aproximadamente. Es la primera poblacion que perciben los navegantes en Anaa al venir de Tahiti.

MÁS SOBRE EL PADRE CUARTERON.

El excelente periódico madrileño *La Fe* ha publicado sobre este ilustre misionero algunos datos biográficos que vamos á reproducir como aclaracion y ampliacion de lo que sobre él dijimos en el primer número de esta Revista.

Nació el año de 1808 en Cádiz, y fué bautizado en la parroquia de Nuestra Señora del Rosario. Su padre tenia un almacen en la Pescadería, junto á la calle del Negro, y dióle una buena educacion. Despues de haber cursado las primeras letras, continuó sus estudios para abrazar el estado eclesiástico, hasta que pidió á sus padres seguir la carrera del pilotaje, y entró en el colegio de San Fernando. Concluida la carrera salió de piloto en un bergantin en 1831, y despues de haber hecho dos viajes á Filipinas, entró como capitán á mandar una fragata de una casa fuerte de Cádiz. Con este buque hizo otros dos viajes redondos á Filipinas, y teniendo ahorros que subian á 10,000 duros, compró un bergantin pequeño, é hizo varios viajes á las costas de China.

En el último de esos viajes tuvo que sufrir un fuerte temporal que le desarboló, siendo esto á fines del año 1836, y en este lance recogió á dos naufragos ingleses, el uno capitán y el otro marinero; y como Cuarteron poseia el inglés, el expresado capitán le contó sus desgracias, diciéndole que habiendo salido de China para Filipinas con otros dos buques cargados de moneda labrada y barras de plata, producto de sus ventas en China, en la travesía les cargó un tiempo muy fuerte y naufragaron, quedando el buque que mandaba encallado, y el cargamento, á su parecer, perdido. Además de estas noticias, el capitán inglés le marcó, segun la carta de navegacion, el sitio donde ocurrió su desgracia, y le dijo la cantidad que traía á bordo.

Reparado el buque de Cuarteron, embarcó á los naufragos y se hizo á la vela para Filipinas, de donde se volvió á España, siguiendo en esa carrera hasta el año de 1844.

Pensando entonces en la conversacion con el capitán inglés, presentóse en Filipinas á una Compañía de seguros, proponiendo hacerse á la vela con su buque para el sitio en donde encalló el inglés, siem-

pre que le proveyesen de las máquinas necesarias, y bajo la condicion que sería suya la mitad de lo que se sacase. Accedió la casa, hicieron la escritura, le proveyeron de lo necesario para la operacion, y se hizo á la vela, en nombre de Dios y de su Santísima Madre, para el lugar indicado, debiéndose tener en cuenta que otros buques habian salido para igual operacion, y algunos se habian perdido al intentarlo.

Cuarteron hizo su primer viaje de ensayo en 1844; pero fuertes temporales le obligaron á desistir de su empresa y hacer rumbo para China, no sin que en su operacion dejase de dar con la cadena del buque naufrago. Al siguiente año de 1845, en el tiempo que creyó propicio, volvió á hacerse á la vela; llegó al sitio; arrojó las anclas, y á causa de un temporal tuvo que llevarlas; pero al sacar una de ellas salieron en sus garras algunas barras de plata. Con esto, y ya con más empeño, abonanzado el tiempo, continuó trabajando, logrando sacar entre monedas y barras como un millon y medio de duros. Arregladas sus cuentas con la Compañía de seguros, colocó la parte que le correspondia, con más la cantidad que recibió por la venta de su buque, en una casa de confianza, y se embarcó para la India, donde se internó hasta encontrar unos misioneros, con quienes se asoció, dando principio, en union de ellos, á predicar el Evangelio, y permaneciendo en su compañía hasta 1847.

Este año se embarcó para Roma, llevando en su poder documentos de los misioneros y la historia de sus trabajos para presentarse á Su Santidad, como lo efectuó. Contó al Papa su vida pasada, y le suplicó le permitiese abrazar el sacerdocio, para lo cual le faltaban dos años de estudios que queria concluir en Cádiz, pasando luego á Roma para que Su Santidad le ordenase. Todo le fué otorgado y todo se realizó, recibiendo Órdenes sagradas de Su Santidad en 1851.

Hasta fines de 1854 permaneció en Roma, y en este año le confirió el Padre Santo el título de Prefecto de misioneros apostólicos, facultades de obispo para que pasase á Nueva-Holanda á predicar y convertir á aquellos indios á la fe de Jesucristo, y con estas gracias en Octubre de 1855 convocó en Cádiz á varios sacerdotes para su Mision, y desde entonces, con infatigable celo y con desprendimiento absoluto, no ha dejado de trabajar por el bien de las almas y la gloria de España.

El P. Cuarteron tiene un corazon heróico, una inteligencia de primer orden, y es capaz de emprender y llevar á cabo las más grandes empresas.

NUEVA-NURSIA.

HISTORIA DE UNA COLONIA BENEDICTINA EN LA AUSTRALIA OCCIDENTAL.

CAPÍTULO I.

Vocacion de los Rdos. PP. Serra y Salvado al apostolado entre los australianos.— Audiencia de Gregorio XVI.— Partida y viaje de los misioneros.

Al modo que los huracanes en otoño, al esparcir á lo léjos las simientes de las plantas ó de los árboles, reproducen la vegetacion en distintos lugares, así puede decirse que la divina Providencia se sirve á veces del viento de la persecucion para llevar á remotos países la preciosa semilla del Evangelio. A los trastornos políticos que conmovieron la España en 1835 deben los salvajes de la Australia occidental el conocimiento de la Religion verdadera y los beneficios de la civilizacion.

Dos monjes benedictinos del ilustre monasterio de San Martin de Compostela en Galicia, los PP. José Serra y Rosendo Salvado, arrojados, jóvenes todavía, de su claustro por los revolucionarios españoles, se refugiaron en Italia, y fueron acogidos con fraternal afecto por los religiosos de la grande abadía de la Trinidad de La Cava, en el reino de Nápoles, viviendo allí tranquilamente algunos años. Pero ambos, sin saberlo el uno del otro, abrigaban el generoso pensamiento que ha movido á tantos apóstoles de su misma Orden á emprender la conquista de las almas. Toda vez que la revolucion triunfante parecia cerrarles aún por largos años las puertas

de la patria, é impedirles el regreso á los muros benditos á cuya sombra transcurriera su juventud monástica, querian consagrarse á las Misiones en los más apartados países de la tierra.

El P. Salvado refiere con encantadora sencillez en sus *Memorias sobre la Australia* las conmovedoras peripecias de su vocacion al apostolado :

«Hacia mucho tiempo, dice, que deseábamos consagrarnos á las Misiones más abandonadas del globo; empero un vivo sentimiento de gratitud nos retenia en el monasterio de La Cava. En tanto el llamamiento del Altísimo se hacia oír cada vez con más fuerza en nuestros corazones, que sufrían no poco con esa lucha interior entre sentimientos y deberes tan opuestos. Por último triunfó la divina gracia, haciéndonos comprender que debía desaparecer toda consideracion humana ante la voluntad del cielo.

«Nunca nos habíamos manifestado mutuamente nuestras secretas aspiraciones á la vida apostólica, acerca de la cual sólo discurríamos de una manera general y vaga, hasta que el día 11 de Julio de 1844, al regresar de nuestro acostumbrado paseo por los espesos bosques que rodean La Cava, mi compañero Fr. José Serra, de complexion delicada, pero de alma ardiente y aspiraciones nobles, me dijo :

«— Esa vida de misionero, de la que nos ocupamos con tanta frecuencia, tiene no sé qué de grande y generoso que me cautiva: paréceme que es la más perfecta de las obras de caridad; pero...

«Interrumpíle, creyendo que las fatigas y peligros de la vida del apóstol le impedian invitarme á compartirla con él, y le declaré que las Misiones eran también el objeto de todo mi anhelo.

«— ¡Lado sea Dios! exclamó complacido. Si teneis ese valor, contadme por vuestro compañero en vida y en muerte.

«Sernejante respuesta me llenó de consuelo. Manifestéle como desde mucho tiempo anhelaba consagrarme á la evargelizacion de los paganos ó de los salvajes, y que ya habia hecho algunas diligencias en este sentido. Departimos un buen rato sobre el mismo tema, y por fin nos separámos, diciendo :

«— Encomendemos el proyecto á Nuestro Señor, á la santísima Virgen y á san Benito.

«Por la noche no pudimos conciliar el sueño: sólo pensábamos en las Misiones extranjeras, en sus dificultades y peligros, y asimismo en sus celestiales consuelos. A la mañana siguiente, reunidos de nuevo despues del Oficio divino, nos afirmámos con más fuerza en nuestra resolucion, y postrados en la iglesia del monasterio prometimos á Dios consagrarnos hasta la muerte á la salvacion de los infieles, fundando entre ellos un monasterio de nuestra Orden con el permiso de nuestros superiores. Acordámos manifestar desde luego secretamente nuestros deseos á la sagrada Congregacion de Propaganda para saber si seria aceptado nuestro ofrecimiento; y obtenida la vénia del reverendísimo Abad de La Cava para ir en peregrinacion á los sepulcros de los santos Apóstoles, lo dispusimos todo para la partida.

«El 26 de Diciembre de 1844, apenas blanqueaba el alba la cima de los montes entre los cuales se levanta el monasterio de la Santísima Trinidad, ya estábamos de

rodillas ante un cuadro de Nuestra Señora del Socorro que habia traído de España. Despues de encomendarle con muchas lágrimas y oraciones nuestro atrevido proyecto, encendimos dos velas ante la Imágen, y conmovidos dejámos aquel lugar bendito que nos diera tan dulce albergue en los años de nuestro destierro. Apenas emprendida la marcha en direccion á Nocera, nuestro pequeño carruaje precipitóse en un barranco. Fué sin duda un primer ataque del espíritu de las tinieblas, que tantas asechanzas habia de tendernos en lo sucesivo. Gracias á nuestros santos Angeles, el accidente no tuvo más consecuencias que un considerable retraso, y la vispera del primer día de 1845 llegámos á Roma.»

—¿En qué Mision, les preguntó el Secretario de la *Propaganda*, quereis trabajar en la salvacion de las almas?

— Nos consideraremos dichosos, ilustrísimo señor, evangelizando los paganos y salvajes en cualquiera parte del mundo á que se nos envíe.

— Es posible que la *Propaganda* os destine á la Mision de la Australia oriental, encomendada á Religiosos ingleses de vuestra Orden, y en donde hay muchos salvajes que convertir.

«En materia de tanta importancia, añade el P. Salvado, no quisimos tener voluntad propia; y así recibimos las palabras del Secretario de la *Propaganda* como un oráculo del cielo, y nos considerámos desde entonces misioneros de la Australia.»

El Ilmo. Brunelli les habia dirigido al Rdo. Brady, que aún no estaba revestido de la dignidad episcopal, y que con el mayor gozo recibió para su Mision á dos operarios tan bien dispuestos, proyectando enviarlos á Perth en el caso de que la colonia de Swan-River fuese separada de la autoridad del arzobispo de Sydney. La *Propaganda*, habiendo recibido los mejores informes de los dos monjes españoles, confirmó el destino ya indicado por el Ilmo. Brunelli. Estos por su parte, juzgando ya su suerte enteramente decidida, escribieron al Abad de La Cava, su superior inmediato, para obtener el permiso de trocar la vida del claustro por la de Mision hasta la fundacion de un nuevo monasterio, y para recibir su bendicion paternal. Mientras aguardaban su respuesta fuéron en peregrinacion á la gruta de Subiaco, en la cual san Benito hizo vida eremítica. «Llegámos á ella, dice el P. Salvado, el 21 de Enero. Imposible me seria expresar los sentimientos de respeto y amor filial que excitó en nuestros corazones la vista de aquel venerable lugar. En esta caverna, nos decíamos, verdadera cuna de la Orden benedictina, vivió mucho tiempo el gran patriarca de los monjes de Occidente, que puede ser llamado restaurador de la civilizacion en Europa por sus hijos y apóstol de las más grandes naciones europeas. Así al ofrecer el augusto Sacrificio en la santa gruta, nosotros, los postreros de sus hijos, que íbamos á llevar su nombre y su regla á un nuevo mundo, le suplicámos nos cubriese con su poderosa proteccion, á fin de que obtuviesen nuestros trabajos la dilatacion de la fe cristiana, á la cual habia él consagrado toda su vida.»

Satisfecha su filial devocion, los PP. Serra y Salvado regresaron á Roma. Allí supieron que el Rmo. P. Cándido, abad de La Cava, no consentia que partieran para las Misiones, pues temia que el proyecto de los dos

monjes españoles sólo fuese resultado de un ardor irreflexivo ó quizá del recuerdo de la patria que les hacia penosa su morada en un monasterio de Italia. Ambos Religiosos se resignaban ya, á pesar de su profundo dolor, á entrar de nuevo en La Cava; pero el Ilmo. Brunelli, á quien informaron del inesperado incidente, les alentó, prohibiéndoles en nombre del Papa que saliesen de Roma antes de resolverse definitivamente el asunto: y despues de hablar con el Cardenal-Prefecto y recibir las órdenes del Sumo Pontífice, hizo escribir al Abad de La Cava que ninguna causa atendible impedia á los RR. PP. Serra y Salvado á consagrarse á la Mision de Australia. Pocos dias despues el Rmo. P. Cándido les escribia que sólo habia querido asegurarse de la realidad de su vocacion, y que por lo mismo les otorgaba de to-

do corazon su consentimiento junto con su bendicion, y rogaba al Señor hiciese fecundo su apostolado.

En esto el Rdo. Brady recibió la unción episcopal (18 de Mayo), y obtuvo que los monjes españoles fuesen destinados á su diócesis de Perth. El 5 de Junio de 1845 el nuevo Obispo les condujo, con los demás misioneros, á la audiencia del Padre Santo. Gregorio XVI dirigió á los futuros apóstoles de la Australia occidental una corta y viva exhortacion, y regaló un crucifijo de plata al Prelado y una medalla del mismo metal á cada uno de los misioneros con la imágen de Nuestro Señor ordenando á sus Apóstoles predicar el Evangelio en todo el universo. Luego bendíjoles paternalmente á medida que se le acercaban para besar sus sagrados piés. Pero cuando vió ante sí arrodillados á los dos monjes españoles, recor-



ANAA (islas Pomotús).— Iglesia primitiva de Tuuhora. (Pag. 87).

dando que tambien él habia sido hijo de san Benito por san Romualdo, puso ambas manos sobre sus cabezas, diciéndoles:

—Acordaos, hijos míos, que perteneceis á la gran familia de nuestro glorioso patriarca san Benito, vuestro Padre y el mio. Vais á entrar en la senda recorrida por ilustres apóstoles que eran nuestros hermanos, y convirtieron á la fe cristiana gran parte de los pueblos de Europa, procurándoles los beneficios de la civilizacion, y por sus predicaciones y trabajos aquellas poblaciones bárbaras han sido transformadas en naciones cultas. ¡Id, pues, honrad el santo hábito que vestís, y dignese el cielo bendecir vuestro celo y hacer fructuoso vuestro apostolado!

Dos dias despues de tan tierna audiencia, los PP. Serra y Salvado, habiéndose despedido de los monjes de

San Pablo extramuros, que les habian prodigado las mayores muestras de ternura, y de los cardenales y prelados que secundaron sus designios, partian de Roma para Francia con el Ilmo. Brady y todo su séquito de misioneros. En Lyon fueron cordialmente acogidos por los Padres Maristas, que ya evangelizaban muchas islas de la Oceania. El Obispo de Perth expuso al Consejo central de la *Obra de la propagacion de la fe* las necesidades de su naciente diócesis.

En París nuestros dos monjes españoles visitaron la colonia de los Benedictinos de Solesmes que acababan de establecerse en aquella capital. «Fuimos recibidos como hermanos, refiere el Ilmo. Salvado, por el sabio y piadoso abad Dom Próspero Guéranger; restaurador de la Orden Benedictina en Francia, y por sus Religiosos. Durante nuestra estancia en París les visitámos con

frecuencia, y el 11 de Julio el Ilmo. Brady fué invitado por el venerable Abad á officiar de pontifical en la modesta capilla del nuevo priorato de San German, en la fiesta de la traslacion á Francia de los venerables restos de nuestro glorioso patriarca san Benito. Muchos de aquellos religiosos deseaban consagrarse al apostolado de los salvajes australianos, pero el Rmo. Dom Guéranger, á pesar de sus vivas simpatías por nuestra empresa, sólo pudo concedernos el jóven Hermano Leandro, pues no le permitia más el escaso personal de su congregacion naciente.»

Desde París los misioneros se dirigieron á Lóndres y á Dublin para arbitrar recursos y acrecer su número. Por fin el 17 de Setiembre de 1845 se embarcaron en el puerto de Gravesend, junto al Támesis. La fragata *Isabela* condujo á Australia, con el Ilmo. Brady, veinte misioneros, siete de ellos presbíteros, y los demás clérigos, monjes ó catequistas y dos hermanos legos, casi todos de nacionalidad distinta: once irlandeses, cuatro franceses, dos españoles, un inglés, un romano y un tirolés, sin contar seis Religiosas irlandesas de la Orden de la Merced (1).

No nos detendremos en referir los pormenores del viaje de los futuros apóstoles de la Australia occidental, que estuvieron cerca de cuatro meses en una travesía que los paquebots ingleses hacen al presente en unos cuarenta dias. Salvo ligeros accidentes, inevitables en tan larga navegacion, sólo tuvieron motivo para agradecer á la divina Providencia el haberles protegido hasta el término de su viaje.

Por fin el 7 de Enero de 1846 el vigía desde los masteleros gritó: «¡Tierra! ¡tierra!» «A estas palabras, dice el P. Salvado, nuestro corazon se estremeció de gozo; dirigimos con avidez la vista hácia el punto del horizonte que se nos indicaba, y transcurridos breves momentos divisámos la Australia. Nos acordábamos todavía del desolado aspecto de las arenosas y áridas playas del África que acabábamos de costear por el cabo de Buena-Esperanza; así fué que, al percibir la costa de la Australia occidental cubierta de hermoso verdor y de peñascos pintorescos, experimentámos placer vivísimo, el cual iba en aumento á medida que adelantaba nuestro buque. Tuvimos que esperar en la bahía de Fremantle, por no permitir el desembarque lo intempestivo de la hora, y nos tendimos por última vez en nuestros camarotes, dando mil gracias á Dios por habernos conducido felizmente al término de nuestros deseos.

(1) Hé aquí los nombres de los misioneros que partieron de Inglaterra para la Australia:

Ilmo. Juan Brady, obispo, irlandés.

Siete presbíteros: José Serra y Rosendo Salvado, benedictinos, españoles; Angelo Confalonieri, benedictino, tirolés; N. Thébeaux, N. Tiersé y Mauricio Boucher, de la casa del Sagrado Corazon de María, franceses; Pedro Powel, irlandés.

Un subdiácono: Dionisio Tutell, benedictino inglés.

Un novicio: H. Leandro, benedictino francés.

Un lego: Nicolás Caporelli, benedictino romano.

Ocho catequistas estudiantes: Juan O'Reilly, Nicolás Hogan, Juan Gorman, Timoteo Donavan, Juan Fagan, Guillermo Fowler, Martin Butler y Terencio Farelly, irlandeses.

Dos legos: Teodoro Odon y Vicente N., de la casa del Sagrado Corazon de María, franceses.

Seis religiosas: María Frayne, con otras cinco, y una novicia, todas de la Orden de la Merced, irlandesas.

«Al amanecer del dia siguiente el Ilmo. Brady y todos los misioneros reuniéronse en el puente, y despues de manifestar el Prelado su gratitud al capitán y dotacion de la *Isabela* por sus atenciones durante la travesía, descendimos á dos grandes barcas, que se alejaron rápidamente del buque, mientras los marineros prorumpian en honor nuestro en tres entusiastas hurras. Cantámos á coro las letanías de la santísima Virgen hasta el momento en que pisámos el suelo australiano. Entonces hincámonos de rodillas sobre esa tierra que íbamos á evangelizar, y entonámos el *Te Deum* en presencia de los europeos y de los australianos que habian descendido á la playa para recibirnos.

«Por mi parte, refiere el P. Salvado, deseaba sobre todo entrar en relacion con los indígenas. Dirigíme á los dos primeros que encontré y que cubrian su desnudez con malos ceñidores, y procuré entablar conversacion por medió de signos con los infelices australianos, de repugnante aspecto, pero cuyas miradas eran dulces y casi tímidas.

«—*Maraña, maraña*, me dijeron repetidas veces.

«Volviéndome á un habitante de la costa que nos acompañaba, interroguéle acerca del sentido de esta palabra.

«—De comer, de comer, respondió, pues los salvajes de esta comarca siempre tienen hambre.

«Al momento partí en dos partes uno de los panes que traíamos del buque, y se las entregué. Mientras las devoraban me decia: ¡Haga el cielo que estos hijos de los bosques estén hambrientos muy pronto del sustento espiritual que les traemos! Y anoté la palabra *maraña* con su significacion, á fin de empezar un vocabulario portátil para nuestro uso.»

El Obispo de Perth y sus misioneros emplearon el dia en visitar el puerto y sus cercanías, mientras se les preparaban los barcos que debian conducirles á Perth por el rio de los Cisnes. Estaban sumamente sorprendidos del espectáculo que ofrece la naturaleza en aquellas regiones. Los árboles, las plantas y los animales tienen formas y propiedades casi desconocidas en Europa; pero lo que más llamaba su atencion eran los salvajes que vagaban por las calles de la naciente ciudad como perros macilentos, siempre en busca de algun alimento. Por lo demás, no eran mejor tratados que esos animales por los colonos europeos, cuyo roce no habia dado hasta entonces otro resultado que hacer conocer á los hijos de las selvas los vicios de nuestras sociedades modernas.

El 9 de Enero los misioneros se embarcaron, y por el Swan-River dirigieronse á la ciudad de Perth. Cantaban salmos, himnos ó letanías, y los indígenas que se veian á trechos tras los majestuosos *eucalyptus* y los elegantes anacardos, parecian maravillados de las religiosas armonías, cuyo sentido aún no comprendian. «Admirábamnos, dice el P. Salvado, las graciosas riberas del rio de los Cisnes, cuyos bordes adorna exuberante vegetacion, y cuyo sinuoso curso ofrecia á cada momento á nuestras atónitas miradas otras maravillas y un nuevo punto de vista. En los bancos de arena veíanse multitud de aves acuáticas, y entre ellas graves pelícanos, que permanecian inmóviles á nuestra aproximacion, sin mirarnos siquiera, tan atentos estaban á seguir en las aguas el movimiento de los peces de que se nutren. Creíamos

encontrar los cisnes negros de Australia que han dado su nombre al río, pero esas aves, muy bravías, se han alejado de las riberas frecuentadas, y sólo se ven en la parte superior del curso del Avon.»

Al cabo de tres horas y media de navegacion apacible, el Obispo de Perth y sus auxiliares avistaron la capital de la Australia occidental, y fueron acogidos con aclamaciones de júbilo por todos los católicos y hasta por los protestantes reunidos en gran número en el punto de desembarque. Los PP. Serra y Salvado descendieron los primeros; formóse en seguida la procesion; el último entonó con su fuerte y excelente voz el *Te Deum*, y dirigiéronse á la iglesia católica, que aún no tenia terminada la techumbre. El Ilmo. Brady dijo la oracion de accion de gracias, y dió á los presentes la bendicion episcopal.

CRÓNICA.

Roma.—El día 2, fiesta de la Purificacion de Nuestra Señora, el cardenal Simeoni, prefecto de la Propaganda, confirió con gran solemnidad la consagracion episcopal en la iglesia de Oblatas de *Tor dei Specchi* al Ilmo. Vannutelli, antiguo auditor de la Rota, nombrado arzobispo de Sardis *in partibus* y delegado apostólico de Constantinopla, y al P. Roberto Mennini de Spalatro, capuchino, nombrado igualmente obispo de Metellópolis y coadjutor del vicario apostólico de Sofía. Entre las notabilidades que asistieron á la ceremonia y ocupaban los puestos de honor notábanse el general Kanzler; el conde Paar, embajador de Austria; el baron de Anethan, representante de Bélgica, con su primer secretario de legacion el conde Reusens; el comendador Naldini, ministro del principado de Mónaco, y el Sr. Gallian, cónsul general de Turquía en Roma.

—En igual dia fué recibido por Leon XIII en audiencia particular el Dr. Matteucci, célebre explorador del África, y al jóven príncipe Juan Bautista Borghese, que debe acompañarle en otro viaje de exploracion á través del vasto continente del África central. Los dos atrevidos viajeros se dirigieron á Nápoles dos dias despues, en donde se embarcaron para el Cairo. De aquí se dirigirán á Khartum (Sudan oriental), en la confluencia del Nilo Blanco y del Nilo Azul, residencia del ilustrísimo Comboni. Seguirán su ruta hácia el Darfur, el Valdai y el reino de Bornu, país imperfectamente coñocido y cuyos numerosos rios desaguan en el gran lago central de Tchad. De Bornu los dos exploradores se encaminarán hácia Barghinu y el golfo de Guinea, ó en caso de que esta travesía presente excesivas dificultades, hácia Trípoli, siguiendo el itinerario que se habia trazado Gerardo Rholf.

—El día 29 de Enero llegó á Roma nuestro compatriota el Rmo. P. La Roca, último visitador de la Provincia Dominicana de las islas Filipinas y elegido últimamente Maestro general de la Orden de Predicadores, de cuyo nuevo cargo tomó posesion el día 1.º de este mes.

Birmania meridional (Indo-China).—El Ilmo. Sr. Bigandet, vicario apostólico de la Birmania meridional, escribe de Rangoon una carta con fecha 16 de Octubre de 1879, de la que tomamos los siguientes pasajes:

«Hemos tenido este año 500 bautismos más de adultos, cifra muy superior á la de los años precedentes. Este movimiento sensible hácia el Cristianismo, que nuestros compañeros proclaman unánimemente, es extraordinario en medio de la continua alarma en que nuestras poblaciones del Sud y del Norte viven, y de los temores de una guerra entre Birmania é Inglaterra.

«En los campos, ó digamos mejor, en los bosques donde se han establecido muchas cristiandades, nuestras escuelas son al presente demasiado pequeñas, y será preciso agrandarlas ó reemplazarlas por locales más en armonía con las necesidades presentes.

«Se ha construido una grande iglesia en una importante ciudad, capital de un distrito que cuenta numerosas y flocientes cristiandades, y que, situada sobre el Iraudy, está á 166 millas al Norte de Rangoon. Cerca de la iglesia poseemos una casa, y al regresar nuestros misioneros de los bosques, á donde sus obligaciones los llaman, encuentran en ella asilo.

«Nuestro compañero el Rdo. Zahm ha edificado en Mulmein, como arquitecto que es, una residencia para los Hermanos, y ha ensanchado y consolidado la casa de las Hermanas. Los primeros no tienen menos de 300 discípulos externos y una treintena de pensionistas: á ellos pertenecen dos establecimientos para varones, y las Religiosas tienen tambien otros dos para muchachas: unos y otras producen un bien inmenso, impidiendo que la juventud frecuente las escuelas protestantes.»

Cochinchina oriental (Anam).—El 13 de Octubre de 1879 el Ilmo. Colombert, obispo de Samosata y vicario apostólico de la Cochinchina occidental, fué á la provincia de Binh-Dinh con el objeto de conferir la consagracion episcopal al Ilmo. Galibert, nombrado obispo de Enos y vicario apostólico de la Cochinchina oriental en reemplazo del Ilmo. Charbonnier, de santa memoria. Visitó desde luego la isla de Pulo-Condor, á donde ningun obispo habia arribado todavía, y confirmó á cierto número de insulares, preparados ya por un sacerdote indígena, llegando el día 19 al seminario de la Mision, en una pequeña localidad titulada Lang-Song, y dos leguas más léjos se encuentra la residencia episcopal conocida con el nombre de Go-Thi. Cuando toda la Cochinchina no formaba más que un vicariato apostólico, desde Ton-king hasta Cambodge, Go-Thi era donde residia el obispo superior de esta Mision inmensa. Allí fueron consagrados todos los vicarios apostólicos, pero en secreto. Esta vez debia ser pública la ceremonia, y por eso la afluencia de cristianos y paganos fué considerable.

La consagracion se verificó el 26 de Octubre en una bella iglesia consagrada al Corazon de Jesús, y notable por su ornamentacion de esculturas, dorados é incrustaciones, y por la variedad de maderas de diferentes colores que para ello se han empleado. Concurrian, con el cónsul á su frente, cinco oficiales con uniformes de gala, produciendo esto muy buen efecto en el espíritu de la poblacion; y asistian al nuevo electo el Rdo. Dourisboure, provicario de la Mision, y el reverendo Tournier, procurador de la Mision de Saigon. Pocos misioneros pudieron trasladarse á Go-Thi, porque la época de la consagracion no fué conocida sino algunos dias antes, y era la estacion tan mala, que hacia los viajes casi imposibles.

Los huérfanos de la Santa Infancia y los discípulos del Seminario de Lang-Song ocupaban un sitio aparte, como las sesenta Religiosas anamitas del monasterio próximo, consagradas á la obra del Bautismo de los hijos de los paganos. La música, compuesta de artistas paganos y cristianos, tocó las mejores piezas de su repertorio, y la Mision de la Cochinchina oriental recordará con gozo este gran dia, puesto que por vez primera ha presenciado la consagracion de sus obispos verificada públicamente.

El Ilmo. Sr. Galibert, originario de la diócesis de Albi, salió del Seminario de París al acabarse el año 1868 para evangelizar la Mision de que es hoy vicario apostólico.

Hou-pe oriental (China).—El P. Bonifacio Omsels, de los Menores Franciscanos, escribe desde Yum-mon al P. María de Brest:

«Tan luego como llegué á China, el Ilmo. Sr. Zanoli, mi vicario apostólico, me confirió el distrito de Yum-mon, donde no hay más que 800 cristianos diseminados en medio de una poblacion de más de un millon de almas. Los paganos no se nos manifiestan hostiles, y las conversiones son numerosas. El día de la Asuncion vinieron á pedirme el Bautismo 36 familias que constan de más de 300 personas.

«Poco antes un pueblecito de 100 almas habia querido convertirse. Un solo individuo se oponia, alentado por los jefes de la secta de los *tao-sen* (doctores de la razon), pronunciando terribles amenazas contra todo el que se atreviese á quemar los ídolos. Un catecúmeno, más fervoroso que los demás, no hizo caso de las amenazas, y fué bárbaramente golpeado. Presentóseme con la cara ensangrentada y pidióme proteccion. Dada queja al mandarin correspondiente, hombre de bien y amigo de los misioneros, ordenó que se administrase una fuerte paliza al culpable, y le hizo firmar la promesa de no molestar en adelante á los que quisieran hacerse cristianos. Los chinos, al ver que la autoridad civil se ponía de nuestra parte, perdieron el miedo y se declararon abiertamente por la religion cristiana.

«El mayor número de conversiones se han verificado en la comarca de La-yam-ho, situada en el centro de mi distrito. Allí hay cerca de 200 fieles, y en las inmediaciones se cuentan casi otros tantos. Los dias de fiesta podria reunir unos 500. Por desgracia no tenemos capilla, ni siquiera una casa capaz para 30 personas. Los cristianos, extremadamente pobres por el hambre del año último, viven haci-

nados en pequeñas cabañas en que el aire entra libremente, y donde, si llueve, tengo que estar con el paraguas abierto. He escrito á algunas personas piadosas de Bélgica suplicándoles que me procuren recursos para edificar una iglesia en La-yamho: con 1,000 francos habría bastante. Lo que aumenta mi deseo es que los ministros protestantes, que no tienen aquí más que un prosélito y ese es un antiguo criado suyo, van á levantar un templo, habiendo ya comprado el terreno. El día de la Asuncion un ministro inglés predicó por primera vez ante

un auditorio considerable sobre la *verdad* del protestantismo y la falsedad del paganismo y del catolicismo, contra el celibato de los sacerdotes, etc., y terminó invitando á todos á convertirse al protestantismo y anunciando la próxima construcción de un templo. Daba como prueba de la falsedad del catolicismo nuestra pobreza, añadiendo que era una señal visible de la maldición del cielo. Mis cristianos, que nunca habian oido discursos protestantes, estaban profundamente entristecidos. Yo les prometí trabajar á fin de que ellos tambien tengan una capilla católica, confiando que Dios inspirará á alguna buena alma sentimientos compasivos por nuestra Mision.

«En una tercera parte de mi distrito en que el año último no hubo inundacion, la cosecha de trigo lo mismo que la de arroz han sido casi nulas á causa de la sequía. Ha habido cristiano que de once hectáreas de terreno sembrado no ha cogido más que tres sacos. Más de 1.000,000 de personas quedarán sin pan, y esto durante el invierno.

«Lo peor es la disenteria que se ha desarrollado ahora en mi distrito y de la cual mueren muchos. Antes de la recoleccion del arroz, los chinos, apremiados por el hambre, á todas horas comian melones, que aquí se dan en abundancia. Como no podia menos, este alimento influia funestamente en aquellos cuerpos extenuados por las privaciones. Esperábamos que cuando hubiese un alimento sólido desaparecería el mal, pero desgraciadamente continúa en aumento. Hace varios dias estoy viajando para administrar á mis pobres cristianos enfermos.»

Japon. — Se han establecido en Hakodaté las Hermanas de



ANAA (islas Pomotús). — Casa de los misioneros en Tuuhora. (Pág. 87).

una buena parte para instalar un huerfanato, escuelas y otras dependencias necesarias. Felizmente el terreno es bastante capaz y bien dispuesto para dicho fin.

A pesar del poco tiempo transcurrido desde su instalacion, las Hermanas son muy apreciadas por los japoneses; y si los recursos lo permitiesen, no tardarian en acoger 2,000 huérfanas. Otra de las tareas de las Hermanas, con ayuda del misionero de aquella localidad, es la de instruir y educar niños hasta la edad de trece ó catorce años, colocándoles despues como aprendices en casas cristianas, lo cual no será difícil en Hakodaté. En 1874 sólo habia allí una familia cristiana: un carpintero con su mujer. Actualmente hay doscientas, entre las cuales se encuentran excelentes obreros.

La reverenda Madre Benjamin, superiora, escribia lo siguiente:

«Hemos abierto una farmacia que Dios se ha dignado bendecir. La Hermana encargada de ella goza de maravillosa reputacion, en términos que acuden á consultarla de los extremos de la ciudad. En muy poco tiempo el número de enfermos que se presentan cada dia ha subido de diez á veinticinco. Esto proporciona al misionero ocasion de verles, de instruirles, ó al menos encontrarles de nuevo en la hora de la muerte. Muchos han sido de este modo bautizados. Para atraernos las mujeres que no saben trabajar hemos establecido un obrador. Son ya doce las que acuden, y todas las semanas nos traen otras. De ellas únicamente dos son cristianas.

«Tenemos tambien una clase frecuentada por veinte y cinco niñas, tres de las cuales son cristianas. Dirigenla



ANAA (islas Pomotús). — Primera mansion de los misioneros en Temarié. (Pág. 87).

Apuesta!!! + AVISO AL PÚBLICO. + Apuesta!!!
 Correr á través del fuego es una añagaza, porque corriendo es imposible quemarse. No obstante, se entregarán cinco dólares al cooli que permanezca cinco minutos en medio de un fuego vivo; de lo contrario, él los perderá.

Betting!!! + NOTICE. + Betting!!!

Running through fire is a great Hunbug because it is impossible to burn in Running. But five dollars will be given to any Coolie stopping for five minutes in a burning fire if he cannot he will lose same sum

உள்ளும் பட்டம்,
 ஓடுதல் தயில் டெட்பு சீக்கிரமாக லெட்புமட
 பட்டியிலே டடாது ஈட... ஆ ஓல்கொடுக்க அஞ்சு ரூபெள்ளியானே ஓடுத
 ிற்குடைய தன்நிற்க அஞ்சு டின் னிடையாகிற நெறுடில் நிற்கிற
 ிற்குடைய அஞ்சு ரூபெள்ளிகொடுக்க அப்படி யில்லாவிட்டா நிர்புகள்



Coolies paganos corriendo por un fuego medio apagado.
 Agua. Adjun. Diosa Drobadé. Diosa Kali.
 Idolos. Demonios.
 TRINIDAD (Antillas inglesas). —Fac-símile de un cartel publicado por los misioneros con ocasion de la fiesta del Timeditel. (Pág. 95).

dos maestras japonesas y una Hermana, y en ella se enseña el Catecismo y varias oraciones.

«Todo esto, obtenido en tan poco tiempo, nos hace esperar los más felices resultados. Ha llegado el momento de mostrar lo que puede la Religion. Los edictos no se publican, pero hay libertad completa.»

Maduré (Indostan).—El día de Navidad se verificó en Trichinópoli la consagración del Ilmo. Sr. D. Clemente Pagnani, de la Congregación de Benedictinos Silvestrinos, misionero hace diez y ocho años en la isla de Ceylan, y nombrado obispo de Hephestium *in partibus* y vicario apostólico de Colombo en reemplazo del Ilmo. Sillani, difunto. El prelado consagrante fué el Ilmo. Canoz, vicario apostólico del Maduré y el obispo más antiguo de la India. Fueron asistentes el Ilmo. Bardou, vicario apostólico de Coimbatour, y el Rdo. P. Barbier, vicario general del Maduré, quien reemplazaba al Ilmo. Laouënan, vicario apostólico de Pondichery, que no pudo concurrir á la ceremonia.

Una multitud llenaba con el mayor recogimiento la catedral, magníficamente adornada; y por la noche el Ilmo. Pagnani dió la bendición con el Santísimo Sacramento.

Desde el siguiente día, 26 de Diciembre, el nuevo Obispo, deseoso de regresar á Colombo para las fiestas de 1.º de año, se dirigió á Tuticorin donde se embarcó con el P. Assauw para su Mision.

—En 28 de Diciembre el Ilmo. Canoz bendijo la nueva iglesia de Negapatam, de estilo gótico y una de las más bellas del Sud del Indostan, bajo la advocación de Nuestra Señora de Lourdes.

Africa ecuatorial.—Segun noticias, ha fallecido en su viaje de exploración el presbítero Debaize, que á principios de Agosto de 1878 habia partido de Zanzíbar con una caravana de más de 400 hombres para hacer un estudio de los países que iba á cruzar. Proponíase atravesar el África de Zanzíbar al Congo, es decir, del Este al Oeste. Habíanse recibido de él varios informes notables; pero en el último verano faltaron noticias suyas, y se temió por su seguridad. Era que los guías y demás elementos de que se habia rodeado le abandonaron, y tuvo que volver despues de tres meses empleados en avanzar. Posteriormente organizó otra expedición, pero tambien hicieron los auxiliares lo mismo. Esta vez se hallaba en Ujiji, al borde del lago Tanganika, cuando le atacó la fiebre; y á pesar de todas las atenciones de los misioneros que le asistieron, murió en sus brazos.

EL TIMEDITEL,

Ó FIESTA DEL PASO POR EL FUEGO EN LA ALDEA INDIA DE SAN JAIME (ISLA TRINIDAD).

La aldea de San Jaime en la isla Trinidad (Antillas inglesas) dista pocas millas de Puerto-España y se halla en las mismas condiciones y por las mismas causas que las otras comarcas indias de la isla. Cuando los *coolies* (1) cumplen el servicio de cinco años, á que se comprometieron en su patria (territorio de Madras ó de Calcuta) para cultivar la caña de azúcar ó el cacao en las plantaciones de la Trinidad, quedan libres de volver á su patria ó de adquirir á precio mínimo un trozo de tierra de la Corona y establecerse en él. Los más prefieren esto último, y de este modo se formó la aldea de San Jaime.

Al introducirse en esta comarca los indios llevaron consigo las costumbres nacionales; y no sólo hablan la lengua de Calcuta ó de Madras, y fabrican casas semejantes á las de sus pueblos natales, sino que construyen pagodas y templos y observan todas las ceremonias religiosas de su patria. Y así como están divididos en dos grandes sectas muy distintas, el mahometismo y el budhismo, tienen en San Jaime pequeñas mezquitas y pagodas.

Desde su llegada á Puerto-España los misioneros do-

(1) Especie de siervos indios. Con este nombre se les conoce tambien en Cuba,

minicos no han cesado de consagrarse á evangelizar la colonia de San Jaime, añadiendo este trabajo al fatigoso ministerio que ejercen en la ciudad, fabricando una pequeña capilla y escuela que ha venido á ser la cuna de una cristiandad india.

A ejemplo de los Dominicos, los protestantes quisieron construir en el mismo pueblo una capilla donde todos los domingos se presta el servicio anglicano.

Todos los años los mahometanos é idólatras celebran allí una fiesta solemne. Los mahometanos la llaman *Hosse*, y la celebran en los primeros días de *moharrem* (primer mes del año lunar). Los sectarios de Budha celebran el *Timeditel* ó fiesta del paso por el fuego.

No describirémos la escandalosa procesion de *Hosse* en las solemnidades musulmanas, limitándonos á hablar de la «fiesta del fuego,» con motivo de un hecho particular é interesante bajo el aspecto católico que últimamente hizo notable dicha fiesta.

I.

Comencemos á describir el *Timeditel*, tal cual lo pinta un testigo ocular, con todos sus detalles, de hora en hora, hasta la noche.

Los *coolies* se preparan para la fiesta del *Timeditel* con un mes de anticipación. De todas partes llevan enormes ramas de árboles al frente de la pagoda, donde se alza lo que ellos llaman el *Tavasson-maran*, ó árbol de la oración, especie de escalera de quince peldaños que tiene encima un vaso con flores cogidas al pié de los ídolos.

Apenas amanece el día de la fiesta, comienza la ceremonia, y al son de los tambores se prende fuego á las ramas de árboles amontonadas delante de la pagoda.

A las seis sube un muchacho los quince escalones del *Tavasson-maran*, toma algunas flores del vaso y las echa á la multitud, juntamente con ceniza sagrada, la cual no es otra cosa que estiércol de vaca secado al fuego. Los paganos recogen las flores y se las llevan á su casa como reliquias. De siete á ocho, durante el oficio de los protestantes, callan los tambores. Los indios aprovechan este forzado silencio en adornar la pagoda con flores y guirnaldas: entre tanto el camino se llena de *coolies* que vienen de muy lejos para tomar parte en la fiesta, y de criollos atraídos por la curiosidad. Llegan tambien mercaderes á vender roscas, frutas frescas, cocos, bananas, naranjas, etc., y vese á las indias circular por allí ostentando sus más bellos y pintorescos trajes, llevando su tradicional trenza cargada de flores.

A las ocho comienzan las adoraciones, que se hacen para cumplir un voto, para pedir alguna gracia, ó para darlas por cualquier beneficio recibido. Este acto de piedad pagana tiene algo de salvaje y cruel, como toda cosa sugerida por el demonio.

«Permitidme, escribe un testigo ocular, que os refiera la primera adoración: por ésta juzgaréis de las demás, pues las quince ó diez y seis siguientes no son más que un remedo de aquella.

«Dos ó tres hombres, batiendo tambores y acompañados de otros dos ó tres que agitan campanillas, se colocan delante de la cabaña donde les espera la jóven, la mujer ó la niña que debe hacer la adoración. Está adornada con flores; de la cintura le cuelgan dos ramos verdes, y lleva otros dos en la mano. A su lado hay una

mujer con un vaso lleno de agua sagrada, que algunos dicen ser una mezcla de agua y azafran, y segun otros son orines de vaca. Redoblan los tambores, agítanse con violencia las campanillas, y la jóven se echa de bruces en el suelo. Con las dos ramas que tiene en la mano recoge el polvo ó fango y se lo echa sobre la cabeza; la mujer que tiene el vaso de agua rocía con la mano la cabeza y el cuerpo de la jóven, la cual se levanta y repite la ceremonia hasta que llega á la puerta de la pagoda, al rededor de la cual da tres vueltas, continuando las adoraciones, rociada en cada una con el agua referida; extenuada, pero sostenida por la excitacion de los tamborileros, que ora bailan delante de ella, ora se postran á sus piés para adorarla como á una diosa, y animada principalmente por los gritos de los sacerdotes y espectadores. Dadas las tres vueltas, la jóven adquiere el derecho de entrar en el templo, de postrarse delante del ídolo, de ofrecerle incienso y dirigirle súplicas. Despues se retira detrás de la pagoda hácia la parte del pozo, y allí su madre ó alguna de sus parientas la purifica echándole cuatro ó cinco rociadas de agua sobre sus vestidos súcios. He visto tres niñas de cuatro años que hacian estas adoraciones.

«En cuanto á los hombres, la ceremonia varia un poco. Estos dan tambien tres vueltas en derredor de la pagoda, rodando como troncos de árbol.

«A las diez se presenta un hombre para hacerse talar los costados con dos asadores de hierro, llevando flores en el turbante y una guirnalda al cuello. Toma el sacerdote su cuchillo, recibe su paga, y despues perfora los costados, hace entrar los asadores en las heridas, y hé aquí á nuestro héroe que baila, salta, hace mil gestos y da tres vueltas en torno de la pagoda, despues de lo cual se mete ceniza sagrada en las llagas, se las venda con un pañuelo, y queda desde aquel momento hecho un santo.

«Tres hombres sufrieron alegremente en mi presencia tal suplicio.

«A las once llega la primera embajada de los regalos ofrecidos á los ídolos, debiendo aquellos servir para proporcionar una buena comida, no ya á los ídolos, sino á los servidores de la pagoda y á los héroes de la fiesta.

«He visto diez procesiones, lo menos, como la que en pocas palabras voy á describir. Los tamborileros y campanilleros van á las casas donde están prevenidas las ofrendas; las mujeres *coolies* se ponen triunfalmente en marcha, precedidas de los tamborileros, que saltan, danzan, hacen toda clase de payasadas, ahullan y gritan á cada momento, y llevan sobre la cabeza cestos con pastas, bananas, hogazas, arroz, harina, monedas, y algunas veces pollos, cabritos y carneros destinados á ser sacrificados á los ídolos. Llegados á la puerta de la pagoda, depositan sus presentes al pié de la estatua del dios ó de la diosa que más les agrada.

«A medio dia una diputacion de *coolies*, venida de una plantacion vecina á la aldea, iza banderas rojas, blancas, azules ó verdes, con las cuales se adornan las estacadas de bambúes colocadas al rededor del fuego de la última ceremonia. Del medio dia á las tres continúan siempre las tres adoraciones, procesiones de regalos, acompañadas de un ruido atronador de tambores, de campanillas y de gritos capaces de aturdir á un sordo.

«A las tres comienza, en la capilla anglicana, el oficio de la tarde. Los paganos, obligados á suspender todo ruido durante aquel tiempo, lo aprovechan para reunirse cerca de un edificio de Cocorita, á hacer la procesion de los Karagons. Despues se bañan en el mar para purificarse antes de pasar por el fuego, porque se acerca el *Timeditel*.

«Siento no haberles podido seguir, pues estaba muy cansado. A esta sazón, llamado afablemente por el jefe de los paganos de Calcuta, entré en el lugar de su reunion, que es una especie de rotonda, cuyas paredes están tapizadas de imágenes de todas clases. No ví ningun ídolo, excepto una figurita del dios Ganisa. Les canté el *Pater* en el lenguaje de Calcuta, y les rogué que continuaran su lectura: era el poema de Rama. El jefe cantaba un versículo con voz dulce y con tono semejante al de los versículos de los salmos. Otro indio comentaba el versículo con unos quince compatriotas sentados sobre esteras, los cuales le hacian pasar de mano en mano la pipa de *cangia* (1). El jefe comenzaba despues un piadoso cántico.

«A las cuatro se percibió un gran tumulto: era la procesion de los Karagons, que conducia á los que debian pasar por el fuego. Desde por la mañana, como hemos dicho, se estaba pegando fuego á los gruesos árboles, y esta leña amontonada continuaba ardiendo todo el dia: astucia toda pagana para llamar la atencion y los regalos, porque antes de andar sobre aquel fuego tienen buen cuidado de que la leña esté casi consumida.

«Los que pasan por el fuego se precipitan luego, como locos, hácia la pagoda, de donde se quitan los ídolos para infundirles ánimo; dan tres vueltas al rededor del fuego para bañarse los piés en el agua que le rodea, y al fin pasan velozmente sobre un espacio de seis ó diez piés, sembrado de carbones medio apagados, con gran admiracion de las turbas: despues se postran delante de los ídolos, y está ya todo concluido.»

II.

Estas prácticas causan tanto efecto, que los indios católicos no quieren privarse de ellas. Para fortificar su fe y confundir la astucia de los idólatras, un misionero recurrió al siguiente medio.

Hacia algun tiempo que el Padre habia hecho colocar, en el prado que linda con la capilla católica, un cartel de desafío, escrito en inglés y en *coolí* de Madras y de Calcuta, retando á todos los paganos de San Jaime, tan orgullosos con su fiesta anual del *Timeditel*.

Además de este desafío general y preliminar, el mismo dia de la fiesta habia construido unas ligeras angarillas. A estas se hallaban fuertemente sujetas unas parrillas de hierro, suficientes para resistir el peso de un hombre, y debajo de las parrillas un recipiente de hojalata lleno de carbon encendido y rociado con petróleo.

Hecho esto, el Padre ordenó á su pequeña grey en procesion. A la cabeza iba un *coolí*, llevando á modo de bandera un cartel en la forma que representa nuestro grabado de la pág. 93. Seguian las angarillas, llevadas por dos jóvenes *coolies*, y detrás iban las niñas católicas de Dry-river, muy acostumbradas á cantar en *coolí* de

(1) Especie de planta que trastorna la cabeza de un modo misterioso.

Madras y de Calcuta, cantando con el Padre y fieles este breve estribillo:

LENGUA INGLESA.—Five dollars, five dollars if you stop in fire.

— DE MADRAS.—Antehou veli, antehou veli eppodi nirka ti il.

— DE CALCUTA.—Panch dolla, panch dolla nahma go ag-par.

Lo cual significa :

Cinco dollars, cinco dollars al que se quiera meter en el fuego.

Poco á poco el alegre cortejo hacia una breve parada delante de las pagodas y grupos de *coolies*; se encendía el petróleo y se leía el gran cartel en inglés y en lengua de Madras; pero ninguno se daba prisa á presentarse. Sólo dos *coolies* quisieron hacer la prueba. El primero era Ragavin.

El Padre le llamó por su nombre y le invitó á meterse en el fuego. En su calidad de sacrificador, no pudo aceptar en seguida porque estaba ocupado en ofrecer á los ídolos un cabrito. Concluido el sacrificio, tiñe su dedo con sangre de la víctima, se signa en la frente, y creyéndose invulnerable se acerca al Padre como un fanático. La llama del petróleo era magnífica y los carbones estaban encendidos. El Padre sonriendo le invita á colocarse sobre las parrillas y á permanecer allí cinco minutos para probar á todos que, gracias á la proteccion de sus ídolos, su piel era incombustible. Ragavin comprendió lo que le esperaba, y en su despecho fué atacado de una convulsion tan extraordinaria, que un *coolí* catecúmeno, acostumbrado á ver espectáculos semejantes, comenzó á decir: «*Devil is coming*: El diablo se apodera de él.» Y entonces sin intentar la prueba Ragavin, rechazado por un guardia de policía y amedrentado, se marchó retorciéndose como un endemoniado.

El segundo indio que se presentó fué más exigente, pues pidió 50 *gourdes* (unas 206 pesetas) por sujetarse á la prueba. El Padre no podía darle más que 25 pesetas; mas un comerciante portugués, oyendo la demanda, prometió darle las 206 y quedó con esto cerrado el trato.

El pobre pagano comenzó á hacer sus abluciones y se dispuso seriamente á colocarse sobre las parrillas. Todavía quiso imponer una condicion, la de que él mismo encendería el fuego con una mecha impregnada de cierto aceite que debía obrar maravillas. Todo le fué concedido.

Enciéndose la mecha y todo el mundo se prepara á ver el espectáculo, pero casualmente se cae la yesca y quema la mano del experimentante. Este, viendo que sólo la yesca quemaba tanto, fácilmente dedujo lo muchísimo que debía abrasar la llama del petróleo. Y así, sin titubear, renunció su premio y fué á ocultarse, corrido de vergüenza y llevándose, no ya las 206 pesetas, sino la burla y rechifla de los circunstantes.

Era cuanto deseaba el misionero: desengañar á sus *coolies*, los cuales creían que los paganos recibían de sus ídolos el poder de pasar ilesos por el fuego. Despues les demostró que los que le atravesaban sin quemarse no era por milagro, sino por una simple ley natural, la cual enseña que hay necesidad de estar cierto tiempo en el fuego para que la llama ó las áscuas puedan obrar su debido efecto sobre los cuerpos que se ponen en contacto con ellas.

Todos los *coolies* católicos, testigos del espectáculo, despues de haberse reido del chasco y desengaño de sus compatriotas, entraron en la capilla á rogar á Dios por la conversion de sus pobres hermanos idólatras.

EFEMÉRIDES.

11 MARZO 1876.— Muere en Andrinópolis el Ilmo. Rafael Popoff, obispo-administrador de los búlgaros-unidos.

El Ilmo. Popoff habia nacido en 1830 en el pueblo de Streltehia, á seis leguas de Filipópolis. Su padre era *pope*, ó sacerdote ruso. Desde su juventud abrazó la vida monástica en el célebre convento de Ryla. Ordenado diácono, ejerció sus funciones en diversos obispados, y hallándose en Constantinopla en 1860 fué uno de los jefes del movimiento de union á Roma. La vista de la Ciudad eterna y de la Corte pontificia impresionó de tal manera su corazon y su espíritu, que ya desde entonces fué católico. Ordenado sacerdote por el Ilmo. Brunoni, á la sazón vicario apostólico de Constantinopla, fué enviado á Andrinópolis, y puede afirmarse que á no ser por él no habria tiempo há búlgaros-unidos en aquella ciudad ni en sus cercanías.

Nombrado por la Santa Sede administrador apostólico de los búlgaros-unidos y reconocido como tal por la Sublime Puerta, fué consagrado obispo en Constantinopla por el Ilmo. Sembratowicht, delegado por el Papa, en 17 de Noviembre de 1865. Al año siguiente recorrió la Tracia y la Macedonia para visitar á los búlgaros-unidos; concurrió al Centenario de san Pedro celebrado en Roma en 1867, y dos años despues al Concilio del Vaticano, siendo uno de los primeros en firmar el mensaje dirigido á Su Santidad demandando la definicion del dogma de la infalibilidad pontificia.

En 1875 pasó todo el invierno en Macedonia, y despues visitó las poblaciones de la Union en las cercanías de Andrinópolis, siendo uno de sus últimos actos dar constituciones provisorias á los monasterios de San Teodoro Studita, Souadjak y Mostratly, fundados por el Padre Pantalemon y puestos actualmente bajo la autoridad de su sucesor el P. Estéban Nicetas.

El Ilmo. Popoff murió repentinamente en su residencia episcopal. Habia ido al *Konak* (palacio del gobernador general) para conferenciar con los comisarios imperiales encargados de vigilar el cumplimiento de las nuevas reformas. Al salir del palacio, sintiendo alguna opresion, dejó su caballo y prefirió caminar á pié, acompañado de uno de sus hermanos. Fué preciso sentarse dos ó tres veces, y al llegar á su casa se sintió aliviado. Púsose á hablar jovialmente con sus hermanos, cuando de improviso le vieron palidecer; quedó sin palabra, y su cabeza se inclinó. Avisaron inmediatamente al sacerdote que rezaba Vísperas en la iglesia contigua, pero era ya tarde: el médico intentó en vano sangrarle tres ó cuatro veces, pero sólo algunas gotas de sangre mojaron la extremidad de la lanceta.

El cuerpo del difunto Obispo fué expuesto en medio de la iglesia sentado en un sillón y revestido de todos sus ornamentos pontificales. En sus manos tenia el libro de los Evangelios; el báculo estaba apoyado en su hombro derecho, y ceñía su cabeza el birrete episcopal de los orientales. Celebráronse sus funerales el dia 8 de Marzo en medio de un numeroso pueblo y del orden más completo, gracias á las medidas tomadas por el P. Rafael, resurreccionista. Como comenzase la descomposicion, fué preciso acortar el curso del fúnebre cortejo. Iban delante los *cavas* de los cónsules de Francia é Italia; seguían las Religiosas Oblatas de la Asuncion con las niñas de sus escuelas; despues los alumnos de la escuela preparatoria, los del pequeño colegio de Caragatch y los de los Padres de la Resurreccion. Un numeroso clero de los ritos oriental y latino precedía al Ilmo. Nil Isvoroff, que presidía la ceremonia. El cuerpo del difunto era conducido en unas angarillas por los Hermanos de la Resurreccion y algunos sacerdotes. Por último, cerraban el cortejo los cónsules de España, Italia, Bélgica y Austria. El de Francia, que habia salido para Constantinopla, estuvo representado por su dragoman.

El P. Louka Wrasnowki, resurreccionista, pronunció en lengua búlgara una oracion fúnebre, haciendo resaltar sobre todo la constante fidelidad del Obispo difunto á la fe católica desde el dia de su conversion. Ocho dias antes de su muerte, dando cuenta á su amada grey de una carta que recibiera del Papa en contestacion á sus felicitaciones, habia afirmado con más fuerza que nunca la necesidad de unirse estrechamente á la Iglesia romana.

Sus despojos mortales fueron bajados á una cripta abierta en la nave lateral de la iglesia, al pié del altar en que por última vez habia ofrecido el santo Sacrificio el mismo dia de su muerte.